El Cura
(CASO DE INCESTO)

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

por

Eduardo López Bago



Edición de Juan Ignacio Ferreras

vosa

El Cura

(CASO DE INCESTO)

NOVELA MÉDICO-SOCIAL

por

Eduardo López Bago



Edición de Juan Ignacio Ferreras

vosa

PQ
6621
.O716
C8
1996
c1



Primera edición: mayo 1996
Portada: Dibujo de fragmento fotográfico de Inge Morath

Ediciones VOSA, SL
Calle Hermosilla, 132, bajo
28028 Madrid
Teléfono–Fax: (91) 725 94 30

ISBN: 84-8218-007-X
D.L.: M-39470-94
Imprime: EGESA
Fotocomposición: Sobretex, SL
Printed in Spain
1984042
15.Ja98

INTRODUCCIÓN.

INTENTO DE SEMBLANZA.

2-25-98

La ocultación, el silencio, o mejor, el olvido voluntario de un escritor, como Eduardo López Bago, nos impide, a falta de un estudio pormenorizado de su vida y obras, trazar aquí la semblanza de un hombre que hubo de tener una importancia decisiva a la hora de establecer la corriente naturalista en la Literatura Española.

Solamente a partir de notas de muy segunda mano (acotaciones en su misma obra, citas editoriales, etc.)[1] podemos reconstruir, y siempre con desconfianza, un itinerario que al parecer, comienza en 1853 fecha cierta de su nacimiento, y sigue con el año 1876 con la publicación de su primera novela, titulada *Los amores*; según Alejandro Sawa esta novela se publicó cuando el autor tenía solamente 22 años, pero al estar publicada en Sevilla y no en Madrid, el que esto escribe, no sabe ahora si López Bago es madrileño o sevillano. La obra es ya original por lo desgarrada, pero no es aún una obra naturalista. A continuación, pero siempre sin fecha, se puede ya trazar su producción novelesca que hubo de aparecer entre 1883 y 1888

(1) Para el estudioso de López Bago, le señalaremos, que Luis Paris en su libro «Gente Nueva», Madrid 1888, tiene un artículo (p. 173) dedicado a nuestro autor, pero por lo temprano de la fecha, es claro de Luis Paris no puede trazarnos una semblanza de López Bago.

por lo menos, y siempre en Madrid; su último título, sin embargo, también sin fecha, apareció en Buenos Aires.

Dentro siempre de una colección titulada «Biblioteca del Renacimiento Literario», y a cargo de una editorial que firma Juan Muñoz Sánchez (Fúcar núm. 3) y en Madrid, aparecieron sin fecha las siguientes novelas:

La Prostituta, novela médico-social, Madrid, s.a. (llegó a la quinta edición, y quizás pasó de este número).

La Pálida, novela médico-social, segunda parte de La Prostituta (llegó, al menos, a la séptima edición y tanto esta novela como la anterior, fueron denunciadas por el Gobierno «por supuesto delito de escándalo y ataque a la moral, a la decencia pública y a las buenas costumbres, han sido absueltas por el Tribunal Supremo»).

La Buscona, novela médico-social, tercera parte de La Prostituta (llegó a la sexta edición).

La Querida, novela médico-social, cuarta y última parte de La Prostituta (dos o tres ediciones por lo menos).

El Cura, caso de incesto, novela médico-social («Ha sido también objeto de una denuncia gubernativa, y sometido su autor al proceso criminal, recayendo el sobreseimiento libre»). Tuvo por lo menos cuatro ediciones.

El Confesionario, satiriasis, novela médico-social, segunda parte de El Cura (Tres ediciones por lo menos).

La Monja, novela médico-social, tercera parte de El Cura (Tres ediciones por lo menos).

La Señora de López, primera parte de La mujer honrada.

La Soltera, segunda parte de La mujer honrada.

La Desposada, Amor y miseria, tercera parte de La Señora López.

Carne de Nobles, novela médico-social.

La Torería. Luis Martínez el espada: En la plaza (Primera parte de una serie ¿Se continuó?)

El Periodista, novela política (Tengo nota de Madrid 1884, 4.º)

Safo. Costumbres de París, traducción de la novela de M. Alphonse Daudet.

Hasta aquí las notas editoriales que aparecen en algunas de sus novelas, por nuestra parte podemos añadir:

Carambola conyugal, Madrid, s.a., un libro en 8.º

El hombre mono. Madrid 1885, un tomo en 4.º

El preso. La Inquisición moderna. Novela médico-social. Madrid, s.a.

El separatista. Novela médico-social. La Habana, s.a., pero 1895, 300 p. en 8.º

Los asesinos. Novela social. Madrid, s.a., 2 volúmenes en 4.º

¡¡Usted no es hombre!! Madrid, s.a., en 8.º

Carne importada. Novela médico-social. Buenos Aires, s.a., 8.º

Sin duda en la descripción que antecede, faltan títulos y hasta puede existir alguno de dudosa atribución. De todas las maneras, podemos ya deducir que las obras de López Bago, y siempre en la década del 80 del pasado siglo, constituyeron un éxito editorial no igualado, en la misma época, ni siquiera por Pérez Galdós.

Según Alejandro Sawa, en el artículo incluido en el *Apéndice* a la novela que publicamos, Eduardo López Bago también publicó «La confesión de un escéptico», pero Sawa no especifica si se trata de un libro o de un trabajo[2].

López Bago colaboró en los siguientes periódicos o revistas: *El Parlamento, La Revista contemporánea, El Liberal* y sin duda en *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Han de existir trabajos suyos no sólo en estos periódicos, sino en otros de la

(2) También trata Alejandro Sawa de nuestro autor, en el apéndice que añade a su novela «Crimen legal», Madrid 1886, con un trabajo titulado «Análisis de la novela de López Bago».

misma época, pero recordemos, que López Bago es un autor muy cuidadosamente olvidado por nuestros historiadores.

¿Qué ocurrió con la obra de López Bago? Por sus características y editoriales, creo que algunos de sus títulos fueron novelas por entregas, pero nunca sus títulos médico-sociales, en los que el autor cifraba todas sus esperanzas. Pero ¿qué ocurrió? ¿Por qué López Bago desaparece virtualmente a primeros de nuestro siglo? La primera impresión es la de una emigración, porque ahí están dos títulos por lo menos, publicados en La Habana y en Buenos Aires, pero, como sabemos, tanto en Cuba como en Argentina, se publicaban libros de autores españoles constantemente.

López Bago muere en 1931 en Alicante[3] ¿Por qué no aparece ninguna novela suya, en una cualquiera de las publicaciones semanales de los años 20 de nuestro siglo? En estas colecciones, publicaron todos, absolutamente todos los novelistas de pluma disponible: el hambre editorial, la necesidad de cubrir un mercado, lo exigía. Y de ninguna manera podemos suponer que los temas tratados por López Bago hubieran escandalizado a un Eduardo Zamacois, primer director y hasta inventor de estas colecciones de primeros de siglo.

(3) He aquí lo que dice Pío Baroja de este magnífico novelista en sus «Memorias»:

«Sobre López Bago se oía hablar, con escándalo, en Pamplona. Creo que venía anunciado en un semanario que se llamaba el *Verán ustedes*. Los titulares de sus libros eran estrepitosos.

»Luego le vi un momento a este escritor en la redacción del periódico *España*, el año 1915 o 1916. Era un hombre sin escrúpulos. Puso a una novela suya un prólogo falso de Alfonso Daudet, dándose unos bombos terribles a sí mismo. En no sé qué libro francés he leído la protesta de Daudet sobre la atribución de la paternidad de este prólogo». («Obras Completas», Madrid, Biblioteca Nueva, 1978, tomo VII, p. 567)

Así se escribe la historia por parte de don Pío, la verdad fue que en la traducción de López Bago del libro «Safo», de Daudet, se incluyó un prólogo, muy editorial, que exaltaba las virtudes del traductor. El mismo López Bago se disculpó y explicó lo sucedido, en uno de los apéndices que añadía a sus novelas.

El éxito de público de nuestro autor, presagiaba una carrera larga, pero el nombre de López Bago desaparece por completo ¿se siguieron publicando sus obras, siempre sin fecha, después de 1900? Ante esta desaparición, sólo caben dos respuestas, o el autor emigró a la América hispana, o también pudo suceder, que López Bago se cansara de luchar y se decidiera por la tranquilidad y el silencio[4].

Digamos, para terminer esta tan incompleta semblanza, que López Bago fue uno de los primeros en cultivar el naturalismo, quizás se le adelantase Narcís Oller, que en su lengua vernácula, publicó *La Papallona*, en 1882; pero de ninguna manera Galdós, ni siquiera la Pardo Bazán. Con López Bago hay que recordar los nombres de Alejandro Sawa, José Zahonero, Francisco Martínez Arrúe, E. García Alemán, Manuel Héctor Abreu y para finalizar, Vicente Blasco Ibáñez; todos estos autores, a excepción del último citado, publicaron novelas naturalistas a partir de 1880. El más combatiente, el más prolífico y también el más preparado o imbuido en la nueva teoría, fue sin ningún género de dudas, Eduardo López Bago.

(4) Según me comunica Gonzalo Santoja, especialista en la novela de esta época, López Bago estaba en Cuba en 1898, y en la Biblioteca Nacional de Cuba se encuentran muchas de sus obras; también colaboró en *La Ilustración Española y Americana* y algún tiempo después, pasó a la República Argentina. Como se ve, las afirmaciones de Pío Baroja, recogidas en la nota anterior, pueden ser un error más de la memoria siempre atrabiliaria y arbolaria, del gran escritor vasco.

EL NATURALISMO EN LA ESPAÑA DE 1880.

Los estudiosos de nuestras corrientes literarias patrias, saben lo que significó la llegada a España del Naturalismo; saben también la polémica, siempre hasta cierto punto, habida entre un tradicionalista como Juan Valera, y la siempre novedosa y excelente novelista Emilia Pardo Bazán, pero este saber que está en los libros, se deja fuera lo que precisamente estaba fuera de los libros: y la cruda realidad española consistió en la ola de persecuciones, siempre legales, eso sí, que se desencadenó contra ciertos escritores de la nueva escuela, la naturalista. Una de sus primeras víctimas fue nuestro escritor López Bago, que sufrió persecución de la justicia y sin duda, un descrédito o descalificación social, que acabaría con su carrera de escritor.

El Naturalismo que se nos vino por la frontera, era el francés, capitaneado por Emile Zola; se trataba de una nueva manera de novelar basada en la ciencia de Claude Bernard, pero se trataba de mucho más: Zola y los naturalistas eran todos, y para decirlo de alguna manera, de izquierdas: socialistas, anarquistas en muchos casos, anticlericales, republicanos, chocaron de inmediato con una sociedad como la española, asentada en la Constitución canovista y que guardaba muy celosamente sus costumbre y tradiciones «más españolas»: catolicidad, buenas costumbres, monarquismo, etc. Los naturalistas, sin embargo, nunca fueron acusados de republicanos o socialistas, se respetaba aparentemente su credo político, puesto que se vivía en un aparente mundo democrático, pero quedaba todo lo demás: eran inmorales, disolventes y, sobre todo, se recreaban en la suciedad y en toda clase de lacras y vicios so-

ciales. Fue inútil que los naturalistas se defendieran sosteniendo, como era la verdad, que ellos pintaban la sociedad tal y como la veían, el problema, una vez más, no era exactamente literario, sino político y social.

Y como el problema no era exactamente literario, esto explica el que nuestras historias literarias sigan ignorando a escritores como Zahonero, Vega Armentero, H. Ardieta, Alejandro Sawa, López Bago por supuesto, y muchos más. Si la historia literaria de un país es el recuerdo de una Literatura, nuestras historias, el canon sacrosanto fabricado en nuestras universidades y academias, siguen sosteniendo de alguna manera, los valores que en 1885 procesaron a López Bago. Un ejemplo: López Bago no posee ninguna calle en Madrid, y sí la tiene, y muy buena, un tal Raimundo Fernández Villaverde, político que encausó a López Bago por inmoralidad.

Es muy difícil pues, el que un estudioso de nuestro tiempo se dé cuenta cabal de lo que significó el Naturalismo, corriente literaria e ideología política, en el ajetreado fin del siglo XIX. Sin embargo, esta información existe y no solamente en novelas que son casi imposible de encontrar (¿cuántas novelas de López Bago hay en nuestra Biblioteca Nacional? ¿una? ¿dos?) sino en las páginas de periódicos, semanarios y revistas, en los que los naturalistas se defendieron y expusieron sus doctrinas y reflexiones (véanse a este respecto, muchos números de *Los Dominicales del Libre Pensamiento*). A veces, pero muy pocas, los mismos novelistas de la nueva escuela, expusieron sus ideas en las novelas que publicaban, tal es el caso, para mayor felicidad, de López Bago que solía acompañar sus novelas con un *Apéndice* en el que, a vueltas con su autodefensa constante, porque constante era también la persecución que sufría, nos traza un cuadro de la época que al parecer, ha pasado inadvertido a los estudiosos del Naturalismo español.

En el Apéndice a *La Monja*, novela quizás publicada en 1885, López Bago inserta un discurso dirigido «Al Ministerio público, a la Autoridad gubernativa, a la acción privada», en el que reproduce sus recursos de alzada contra las condenas judiciales que sufrieron dos de sus novelas, *La Prostituta* y *La Pálida*. A continuación, y parafraseando un artículo de Zola, se defiende de la acusación de inmoralidad y achaca a la envidia, la persecución de la que es objeto. Sostiene que publicó cuatro novelas en un año (seguimos suponiendo que se trata de 1884 a 1885) y que solamente este exceso de trabajo es la causa de su fama y por ende, de la envidia. Apunta también que sus libros se venden muy bien, y de aquí, como insistiría en otro de los Apéndices que comentamos luego, que los novelistas que venden menos, le critiquen. Otra de las causas de la persecución que sufre es debida a la hipocresía social, y para demostrarlo traduce muchos párrafos de Zola, con los que se identifica, en los que el ilustre francés arremete contra el romanticismo «Los románticos —dice— abusan de la especulación con la virtud, y esta especulación es el triunfo de las medianías en la apoteosis de la estupidez universal». López Bago y siguiendo a Zola, defiende el derecho del escritor a describir la realidad tal y como la ve su temperamento, y abomina de esas «especulaciones» en las que la realidad es sustituida por un universo aristocrático, fácil, gracioso, hermoso, etc., pero falso.

López Bago añade un Apéndice a su novela *La Buscona*, titulado: «La moral del Naturalismo», en él reproduce una vez más las sentencias absolutorias que han merecido sus recursos, y también traduce un trabajo de Zola (no cita la procedencia) en el que el francés trata muy detalladamente de la hipocresía de la moral romántica, tradicional, y claro está, burguesa, y profetiza las persecuciones que sufrirán los defensores

del Naturalismo. Este escrito de Zola es de 1881, y López Bago que escribe en 1885, no solamente se identifica con el maestro, sino que se siente aludido como víctima, cuando Zola profetiza las persecuciones.

López Bago que ha sido denunciado primero, y perseguido después, por el señor Fernández Villaverde, expone a su denunciador la existencia de otras obras, en verdad pornográficas, que no han sido perseguidas, pero una vez más, el problema es más profundo.

Zola ya se había dado cuenta de que los defensores de la moral conservadora eran los mismos que los celosos defensores de la literatura digamos oficial, académica, «buena», etc. Los naturalistas se presentaban como denunciadores de un estado de cosas real, que se alejaba de la descripción, siempre hermosa y sobre todo armoniosa, que la literatura oficial y consagrada, dedicaba a la realidad. Aún más, los naturalistas defendían ciertos remedios contra los males sociales; en una palabra, no sólo denunciaban la injusticia social sino que también defendían las posibilidades políticas de un arreglo, de una mejor justicia, etc.

Efectivamente, el Naturalismo poseía una moral, y una moral social que nada tenía que ver con las morales religiosas y políticas, defendidas por el poder tradicional, religioso, económico. El Naturalismo no era solamente una escuela o una teoría literaria, era también una política social que denunciaba primero, y condenaba después, las injusticias sociales.

El poder en 1885, es decir Cánovas y su turno pacífico entre conservadores y otros menos conservadores pero siempre moderados, es decir, el poder de Cánovas o el poder de Sagasta, podían permitir el curso legal de ciertas publicaciones pornográficas, la pornografía, como se comprenderá, no tiene ideas, pero les molestaba e intentaron acabar, con novelas que defen-

dían ciertas ideas sin duda nuevas, y que socialmente socavaban de alguna manera, la moral al uso.

Ahora no podemos medir con toda la exactitud requerida, qué significó para López Bago y para el resto de los naturalistas, esta persecución por parte del poder instituido; sabemos que hubo denuncias y conservamos los escritos judiciales, pero socialmente, es decir, en el vivir cotidiano ¿qué ocurrió? ¿cuántas puertas se cerraron a los naturalistas? ¿dónde podían publicar, colaborar, etc.? ¿qué eco encontraron en la crítica literaria de su época?

La persecución primero, y el silencio después, han sido siempre las dos armas empleadas por el Poder, contra las ideas que negaban a este Poder autoridad, moralidad y justicia. Y lo ocurrido en 1885, ya había ocurrido mucho antes en España, y tuvo su continuación hasta nuestros días. La puesta en práctica o el ejercicio de esta persecución y de este silencio se llevó, y hasta se lleva, a cabo por medio de las autoridades: éstas no son sólo políticas y económicas, religiosas o conservadoras, son también académicas, es decir, literarias, porque la autoridad académica, universitaria, periodística, etc. en nuestro país va siempre ligada a los llamados poderes fácticos, es decir, a la tradición o reacción de siempre.

Pero quizás el mismo López Bago nos lo explique mejor en el Apéndice que añade a la novela que publicamos.

El Apéndice que López Bago añadió a su novela *El Cura*, consta de dos partes, la primera titulada «Vosotros y yo», y la segunda firmada por Alejandro Sawa, y titulada «Impresiones de un lector». En «Vosotros y yo» el autor comienza por distinguir dos tipos de novela: la novela naturalista que no es la llamada novela trascendental, y la otra, la que está de moda y que el mismo Valera definió como *novela bonita* puede definirse de la siguiente manera: ante todo, es una novela que tie-

ne estilo, y este estilo al decir de los corifeos es *inimitable*, pero exclama nuestro autor:

«¡Inimitable! Pero ¿qué mayor imitación puede existir que la de ser todos estilistas y no poder elogiar en ellos otra cosa? ¿El estilo es acaso fundamental en la novela? No lo es.» (p. 263)

Una segunda característica de la *novela bonita* es que se suele desarrollar en Andalucía, pero claro es que la Andalucía de Valera, Alarcón y Frontaura, es una Andalucía también bonita, con naranjos, coplas y cielo estrellado. López Bago se burla de este escenario ya que como naturalista, no lo encuentra real.

En tercer lugar, la *novela bonita* procura ceñirse lo más rigurosamente posible a las tres divisiones: exposición, nudo y desenlace. Para un naturalista, esta organización tan retórica y literaria de la novela, aleja a ésta de esa *tranche de vie* que perseguía Zola. La vida, la cotidianidad no es tan ordenada ni la acción puede discurrir de tan arreglada manera.

Por último, dice nuestro autor:

«Hay otra urgencia y otro requisito que importa en grado sumo para esta literatura. La moral, el caballo de batalla con que se presentan a combatir el Naturalismo.

La moral romántica tiene también su receta, y es también un frasco *de venta en todas las perfumerías*.

Primer componente: la virtud, triunfante y el vicio vencido y muerto a sus pies; algo así como la imagen de San Miguel y el diablo.

Segundo: los buenos se casan al final de la obra, como sucede en el teatro...» (p. 268)

Para López Bago y los naturalistas, la moral de los novelistas de moda, de los consagrados, académicos, etc., es un falsa moral romántica, ya que presentan al vicio como no es; el vicio o las malas costumbres, para los naturalistas, es como es; feo,

repugnante, etc., pero la *novela bonita*, como es lógico, ha de enmascarar o disfrazar al vicio, para que pueda «alternar» con el resto de los elementos de la *novela bonita*.

La verdad es que después de tantos años transcurridos, un lector de hoy puede comparar una novela de Valera como *Pepita Jiménez*, con *El Cura* de nuestro autor, y comprenderá muy bien las diferencias y las cualidades. La insufrible moralidad de Valera y de Alarcón, puede que esté muy bien escrita, en estilo agradable y hasta preciosista a veces, pero es eso, moralina insufrible. Novelas como *Pepita Jiménez* de Valera, y *El Escándalo* de Alarcón, no tienen nada que ver con el mundo que dicen describir, no se enfrentan con los problemas que dicen tratar y, es más, se evaden de cualquier solución real, lógica, social. Para un naturalista, que es ante todo un moralista antirromántico, la *novela bonita* es un fraude y sus autores, como muy bien apunta López Bago, son unos aficionados. Nuestro autor que no ahorra ningún calificativo, más bien peyorativo, para describir la *novela bonita*, exalta por el contrario a Galdós y a *Clarín*, reconoce muy bien lo real o mejor, el realismo donde verdaderamente se encuentra.

Porque en resumidas cuentas, y a pesar de los títulos que nuestra historia literaria nos obliga a estudiar, el verdadero novelar pasa por Galdós y por *Clarín*, y también por los naturalistas, pero de ninguna manera por los idealistas católicos, bien intencionados, etc., que se llamaron Valera, Alarcón, Frontaura, Selgas, etc. López Bago hace, además, una diferencia que se le antoja esencial entre los cultivadores de la llamada *novela bonita* y los auténticos novelistas, para nuestro autor, Galdós y *Clarín* son dos profesionales, mientras que Valera, Alarcón y otros, son meros *aficionados*, «de aquí», añade «que sean todos ellos literatos entre los políticos y políticos entre los literatos» (p. 283). Efectivamente, Alarcón pertenecía al Consejo de Estado, Valera era diplomático y Núñez de Arce fue ministro de Ultramar.

Para López Bago los aficionados no tienen nada que hacer en el campo de la literatura, por eso escriben como escriben, por eso adornan sus obras y se evaden de la realidad, y por eso también, venden menos que los profesionales. Al parecer, en los años 1885 y siguientes, López Bago fue más famoso, por el número de ejemplares vendidos, que Valera y que Alarcón. Para el lector de nuestros días, educado (o quizás maleducado en los manuales) esta circunstancia ha de parecerle nueva, sorprendente, quizás escandalosa, pero la historia de aquellos días así lo demuestra. López Bago trabajó denodadamente durante varios años, lo mismo que Galdós, publicó novela tras novela, a veces tres o cuatro en el plazo de un año, y sus títulos se editaron una y otra vez. El silencio que siguió a esta fama y a esta popularidad no tiene nada que ver con la historia verdadera.

El Apéndice de *El Cura* acaba con la siguiente y entusiasta frase:

«¡Echemos de la literatura a los aficionados¡ ¡Derrotemos a los pedantes! ¡Paso a los escritores de profesión!» (p. 291).

¿Qué consecuencias podríamos sacar de todo lo que antecede? En primer lugar, que autores como López Bago no tienen aún el puesto en nuestra historia literaria, que merecen; y en segundo lugar, que el Naturalismo, como corriente vivificadora de nuestra novela, tiene una historia que aún está por escribir. Estas dos ausencias tienen quizás una misma explicación: ha sido la moral tradicional, la moral reinante, los poderes académicos, universitarios, políticos y religiosos los que han logrado que el Naturalismo haya quedado oscurecido, y que autores como López Bayo, hayan desaparecido de nuestra historia literaria. O de otra manera, los que denunciaron a López Bago son los mismos que le han seguido negando, olvidando.

NUESTRA EDICIÓN.

Para la presente edición hemos recogido, o mejor transcrito, la aparecida en Madrid sin fecha: *El Cura. (Caso de incesto). Novela médico-social*, por Eduardo López Bago. Madrid. Juan Muñoz y Compañía, Editores. Administración: Espada, 11, bajo. Imprenta de M. Minuesa de los Ríos, Miguel Servet, 13.

La obra consta de 256 página en 8.º, se añade un Apéndice de la página 259 a 291, y un trabajo firmado por Alejandro Sawa titulado «Impresiones de un lector» (pp. 294-309).

La novela va encabezada por una frase de Claude Bernard: «La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos al experimento. Claude Bernard». La misma frase se encuentra al frente del resto de las novelas de nuestro autor, que he alcanzado a consultar.

Se dedica *El Cura* en la p. 5: *Al inteligente fisiólogo e higienista doctor Domingo Montes y Díez dedica este estudio, como demostración de amistad. El Autor.*

La obra, como verá el lector, trata de un problema aún no resuelto en la actualidad: el celibato eclesiástico. El autor, como es naturalista (y no natural) está a favor del matrimonio de los curas, porque considera el celibato como un ataque contra la naturaleza. La solución que López Bago da al conflicto que se le plantea al protagonista de su historia es, cuando menos, original, aunque también se podría añadir, que es exagerado y sin duda, un tanto escandaloso, sobre todo en los años en que se publicó la novela. El lector sabe ya por el título que el cura protagonista acabará cometiendo incesto, pero el lector no debe esperar ninguna escena escabrosa, nada hay en las páginas que siguen que rocen lo pornográfico. López Bago era un escritor limpio, pero de ideas avanzadas; y la mejor demostración de lo que avanzamos, está en el texto que sigue. Se comprende así muy bien la alarma que suscitó entre las clases directoras de su tiempo, y también se comprende la torpeza de estas clases, al anunciar a nuestro autor como pornógrafo. Una vez más, el peligro estaba en las ideas[5].

JUAN IGNACIO FERRERAS.

(5) Con este libro en imprenta ha aparecido: *Eduardo López Bago y el Naturalismo Radical. La novela y el mercado literario en el siglo XIX*, Amsterdam, Rodopi, 1995. Tesis doctoral de Pura Fernández. Según la misma nuestro autor nació en Aranjuez (27 de marzo de 1853) y murió en Alicante (30 de octubre de 1931). La presente novela apareció en 1885.

I.

TENÍA veintidós años. Acababa de cumplirlos el domingo XI de Pentecostés, día que también era el de su santo, San Román, soldado y mártir, cuya conmemoración cae en el 9 de agosto, aniversario de la muerte del arzobispo D. Rodrigo, memorable coronista de la batalla de las Navas.

Román era alto, recio, delgado, de mucha fibra, hermoso de cara como un arcángel, y, como él, poderoso y fuerte contra los enemigos del alma. Acababa de salir del seminario y de decir su primera misa ¡La primera misa! ¡El ideal de todo el que recibe el presbiteriado! La confirmación de que con él recibe potestad completa para consagrar el cuerpo y sangre de Cristo, para distribuir la sagrada Eucaristia á los fieles y para absolver de pecados.

Cuando el obispo le autorizó al efecto; cuando, al darle las licencias, aquel anciano de cabellos como plata y de riquísimos ropajes, de manos blancas como las de una duquesa, en las cuales brillaba el anillo pastoral, le advirtió con voz dulce que la Iglesia, considerando el altísimo ministerio que diariamente puede y debe ser objeto de la solicitud del sacerdote, viene a decirle: «*Esencialmente radica en ti la potencia de celebrar; pero atiende un poco, reflexiona, estudia con cuida-*

do y observa con esmero cuanto está prescrito para celebrar santamente»; cuando, después de su examen ante un juez sinodal, recibió el documento precioso con el sello episcopal al pie, lo guardó ¿dónde? sobre el corazón, cubriéndolo antes de besos, llevado de su pasión, sin poderse contener, con el mismo arrebato con que besa el amante y guarda en su pecho la primera carta en que la mujer ha puesto en cuatro carillas estas solas palabras: «Si. Yo tambien te amo.» ¡Ah! ¡La Igiesia! ¡La amada de Román! ¡Su única amada, con la cual se había desposado!

Y conservaba de aquel gran suceso de su vida, tan reciente aún, un recuerdo casi sensual, como el que guarda el esposo de la primera noche de bodas.

Dijo, pues, su primera misa en el intermedio desde la de sábado santo á la vigilia de Pentecostés. Salió al altar con casulla blanca. Las mujeres que asistieron á la ceremonia lloraron de júbilo al verlo ¡su hermana, desde un rincón de la iglesia, asistió también, y aseguraba luego que parecía un ángel y que la casulla simulaba las alas plegadas y recogidas á la espalda. ¡Oh! Si era simbólico el color usado aquel día por la Iglesia; si aquel blanco recordaba la alegría y las victorias de los bienaventurados, era también, por este mismo simbolismo, el que á Román convenía. Alegre y victorioso estaba su ser entero; y cuando, antes de celebrar, atendida la fragilidad humana, se examinó y procuró remover de sí todo pecado, encontróse con disposición angelical, sin mancha, en verdadero estado de gracia. Y, sin embargo, hizo la confesión sacramental, la prefirió al medio extraordinario de la contrición. Porque la fe nos dice que la víctima ofrecida

diariamente en la Iglesia católica es Jesucristo inmaculado, purísimo, y la razón añade que las cosas santas, santamente se han de tratar.

Acabo de comparar el regocijo que experimentara Román en aquel su primer día de sacerdocio con el del esposo en el día primero de su boda, y así era cierto; que no de otro modo, sino como se acerca la virilidad al tálamo, se acercó el cura al altar, recordando en aquel su desposorio con la Iglesia los sublimes conceptos con que celebra este idilio *El Cantar de los Cantares.*

¡Oh! y qué buenas ganas se le pasaron á sus juveniles años, envueltos en misticismo, pero mal envueltos (porque la carne, á los veintidós de edad, forcejea mucho con la sotana sin saberlo el ánima); qué buenas ganas tuvo de no decir todo aquello que dijo en la sacristía, *aquellos latines,* como comentó su hermana, con los que, al lavarse las manos, al tomar el amito, al recibir el alba, al ceñirse el cíngulo, al ponerse el manípulo en el brazo izquierdo, ó la estola al cuello, al tomar la casulla, estuvo mascullando: ora el «*Da, Domine, virtutem, manibus meis,*» ya el «*Impone, Domini, capiti meo*» ó el «*Praecinge me,*» y, por último, ya revestido y en voz más alta: «*Domine, qui dixisti: jugum meum, suave est, et onus meum leve: fac, ut istud portare sic valeam, quod consequar tuam gratiam. Amen.*»

Sí. No decirlo. Latines bárbaros de la liturgia. ¡Latines! ¡latinajos! Tenía razón la *niña.* Á su juventud, y mejor á sus labios frescos, pedigüeños de caricias,

que no llegarían a sentir nunca, porque aquellos labios formularon voto de castidad, á sus anhelos de la vida sentaba mejor decir lo que decía Salomón á la hermosa Sulamita, lo que Cristo y la Iglesia se cantaban en un delirio de amorosas alabanzas mutuas:

«Morena soy, oh hijas de Jerusalén, mas codiciable ¡como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón.

»No miréis en que soy morena, purque el sol me miró: los hijos de mi madre se airaron contra mí: hiciéronme guarda de viñas, y mi viña, que era mía, no guardé.

»Hazme saber, ¡oh tú á quien ama mi alma!, dónde repastas, dónde haces tener majada al mediodía: ¿por qué, por qué había yo de estar como vagueando tras los rebaños de tus compañeros?

»Mi amado es para mi un manojito de mirra; reposará entre mis pechos.

»Mientras que el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dió su olor.

»Racimo de Cypro en las viñas de Engadi, es para mí mi amado.

»Hé aquí que tú eres hermoso, amado mío, y suave; nuestro lecho también florido.

»Las vigas de nuestras casas son de cedro, y de ciprés los artesonados.

»Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los mancebos: bajo de su sombra deseé sentarme, y me senté: y su fruto ha sido dulce á mi paladar.

»Llevóme á la cámara del vino, y su bandera sobre mi fué amor.

»Su izquierda esté debajo de mi cabeza, y su derecha me abrace.»

Y la voz de mujer, voz entonces dulcísima para Román, callaba.

Recordaba el cura los elogios del esposo á la esposa, queriendo hacerlos suyos, queriendo compartir aquel deliquio entre la Iglesia y Cristo.

Recordaba:

«¡Cuán hermosos son tus pies en los calzados, oh hija de príncipe I Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de mano de excelente maestro.

»Tu ombligo, una taza redonda que no le falta bebida.

»Tu vientre, como montón de trigo cercado de lirios.

»Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama.

»Tu cuello, como torre de marfil: tus ojos, como las pesqueras de Hesbón, junto á la puerta de Bathrabbim: tu nariz, como la torre del Líbano que mira hacia Damasco.

»Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo; y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey ligada en los corredores.

»¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!

»Y tu estatura es semejante á la palma, y tus pechos á lòs racimos.

»Yo dije: Subiré á la palma, asiré sus ramos: y tus pechos serán ahora como racimos de vid, y el olor de tu nariz como de manzanas;

»Y tu paladar como el buen vino, que se entra á mi

amado suavemente, y que hace hablar los labios de los viejos.»

Todo, absolutamente todo, lo repetía el novel tonsurado, y en ello no encontraba excitación sino para aquel intensísimo fuego divino en que ardió su alma por el servicio de la religión de Cristo.

De Román no pudo decirse nada tan gráfico como el que sus sentidos no estaban despiertos, porque le habían encontrado siempre con los ojos cerrados durante la oración.

Había pasado hasta entonces por el fuego, sin quemarse; por el agua, sin humedecerse siquiera; el aire no había desaliñado uno solo de sus cabellos; la tierra no la vió, por mirar siempre al cielo.

El color blanco que prescribía la Iglesia cuando celebró su primera misa, sentábale, pues, á las mil maravillas. El también era un bienaventurado.

La prueba de ello es que, al volver á casa, ya no se acordaba de la hermosa Sulamita, ni del rey Salomón; de nada más que de charlar con su hermana, con *la niña*, y preguntarla si había celebrado bien, qué decian de el los fieles. qué tal figura era la suya delante del altar, y otra porción de asuntos por el estilo, todos relacionados con el memorable día.

La niña contestaba riendo; bromeaba con su hermano; llegó á llamarle presumido.

—¡Oh! Presumido, no. ¡Bien sabe Dios que no!

—Sí que lo eres. Niégalo. Di que no estás contento con tu traje talar y hasta con la corona, como un cadete con sus cordones.

—La corona, sí. Lo confieso.

Y explicó á su hermana en qué consistía lo que ella

tomaba por presunción. Explicó con frases entusiastas que el llevar los sacerdotes corona tiene su origen en los nazarenos, los cuales, para consagrarse á Dios, dejaban primero crecer el cabello, rayéndose después la cabeza en forma de corona, símbolo de su pura vida, y que estos cabellos los echaban al fuego del sacrificio. Se hace la corona en forma circular, por ser esta figura la más hermosa de todas, la más sencilla, clara y verdadera, simbolizándoles en esto que han de ser puros y cándidos como las palomas. Se lleva corona, porque el Señor, cuando se ofreció á sí mismo al Eterno Padre en el Ara de la Cruz, llevaba la de espinas redonda que le pusieron; y como los sacerdotes representan su divina Persona, y están dedicados para conducir las almas al cielo, la llevan en la cabeza en memoria de su divino Maestro. También la llevan en memoria de la que hicieron á San Pedro, que fué el primer sacerdote y Vicario de Cristo, y de la pasión del Señor.

—Ahora sí que lo entiendo un poco —dijo *la niña*, que iba del comedor, donde él estaba sentado, á la cocina, trayendo platos, pan, los dos cubiertos, los dos vasos, poniendo la mesa para servir el almuerzo.—¿Y el traje? ¿Por qué lleváis ese traje?

Él, complacido con este interrogatorio, contestó sonriendo:

—El manteo, la sotana, el cuellecillo y ceñidor, representan aquel venerable anciano que vio San Juan en el Apocalipsis del Señor, vestido con una túnica talar hasta los pies, ceñido con un ceñidor de oro y cubierto con un manto todo su cuerpo.

En el manteo está simbolizada la caridad que debe

tener el sacerdote; en la sotana, el agregado de virtudes; en la blancura del cuello, la pureza y el celo de la casa del Señor de que debe estar adornado; y en el ceñidor, el resplandor que debe dar con su ejemplo, virtud, santidad y buenas obras.

—Todo eso es muy bonito —dijo ella poniendo en medio de la mesa una fuente pequeña con patatas guisadas, y sentándose, por fin, delante de su hermano.— Todo eso es muy bonito; pero á mí, ni vosotros me parecéis hombres, ni vuestro traje uniforme; —y aturdidamente:— para hombres y para uniformes, los militares.

Román frunció el ceño.

—¡Nosotros somos la milicia de Cristo!

—Sí, pero siempre de negro.

—De negro desde que se sosegó y tranquilizó nuestra Madre la Iglesia, despues de tanta persecución y sangre derramada en defensa de la fe de Jesucristo y de su Evangelio, en memoria y luto fúnebre de la muerte del Redentor, la que debemos renovar los sacerdotes, que somos sus sucesores y ministros evangélicos.

La niña hizo un mohín por toda respuesta.

Román, sin desarrugar el entrecejo, después de recitado el *Paternóster*, bendijo el manjar, y, acercándose la fuente, cogió la cuchara, alargó el brazo en demanda del plato que le presentaba su traviesa compañera, y con voz que, con respecto á enojo ó desenojo, estaba, como suele decirse, entre merced y señoría, exclamó:

—¡Toma patatas!

Soltó ella la carcajada al verle tan cejijunto. Retiró

la silla, corrió la corta distancia que del hermano la separaba, y levantando la mano:

—Voy á pegar á un cura... por... por malo.

Y, con efecto, lo que hizo fué empezar por una bofetada tan ligera y leve, que acabó en una caricia.

Román se echó á reir.

—*Niña*, más que *niña*, chiquilla, loca... no se puede contigo.

—No, señor. No se puede.

Y le dió un par de besos en los afeitados carrillos.

El almuerzo lo despacharon alegremente. Y pronto, ¡eso sí! Como que, después de las patatas, el segundo plato fue el último, y éste consistía en un par de huevos fritos, y pare Ud. de contar. Nada más hace falta para ser feliz, y hasta para que el estómago se dé por satisfecho, el día en que se dice la primera misa y se recibe un beso de una hermana á la que acabamos de echar una filípica porque le parece menos bonito el uniforme de los curas que el de los militares.

—¡Cosas de los quince años! —comentó el sacerdote para sí, pensando en esto al tiempo de levantarse de la mesa, tras el *Deo gratias*; y cogiendo el breviario, que estaba nuevecito, dirigió á la niña una mirada inocentemente burlona y se encerró en su gabinete.

Una vez allí, Román se transfiguraba. Era otro hombre, ó mejor dijérase que no tenía sino muy poco de humano. Nada de sonreir, nada de afectos de familia, nada del mundo, nada de la tierra.

Era, en efecto, el triste ser que al cabo de diez y nueve siglos persiste en su desconsuelo y lleva todavía luto por el que crucificaron en el Gólgota.

Allí Román no recordaba las palabras de la Sulamita, sino estas otras de San Pablo á los hebreos, estas otras, eternas en las almas, á las que conturba y contrista el temor constante del pecado:

«¡Horrenda cosa es caer de pie y desnudos y temblando en las manos del Dios vivo!»

La habitación era sombría. Era sombría entrando el sol, ¡cosa rara! Bien es cierto que el que la habitaba también era sacerdote siendo joven.

El papel que cubría las paredes era oscuro y *comía mucho la luz;* tono aplomado, y por todo dibujo jarrones de carmín, tan imposibles de color como de hechura. La cerámica no ha ideado nada igual.

Era el cuarto del cura la sala de la casa. Y de esta sala había llecho Román una mezcla de gabinete, despacho, oratorio, alcoba y tocador; de manera que, en realidad, no necesitaba salir de allí más que á las horas del almuerzo y la comida.

Pues bien: a pesar de esto, que debería prestar á la sala siquiera el alegre aspecto de la variedad, nada más severo que la habitación que estamos describiendo. Aquello resultaba muy parecido al tonel de Diógenes. Se conocía que era alcoba sólo por la cama; y la cama de Román era un catre. No quería otra. En una percha de hierro colgaba sus ropas. De lavabo tampoco tenia más que un ordinario palanganero. Espejo, no se veía por ninguna parte. Por todo mueble de gabinete, la cómoda antigua en que guardaba ropa blanca Por único escritorio, una mesa de pino; sobre

la mesa un tapete verde, y a uno y á otro lado dos pilas de libros no muy altas; en medio el tintero, y delante del tintero servíale de carpeta para escribir un periódico doblado por la mitad.

Pero, en cambio, el oratorio, que era lo que podía aumentar lo severo del aspecto general, llamaba la atención de los pocos visitantes que tuviera el sacerdote.

Román había cuidado aquello con el mismo afán con que cuida una coqueta del adorno de su tocador, ó un militar de la roja panoplia. ¡Aquello! ¡Aquello eran sus armas! ¡Aquel el espejo en que debía mirarse!

Estaba en el testero principal de la habitación. Figurémonos la pared cubierta, en un espacio de dos metros de ancho y de alto á bajo, con una gran bayeta negrra, bayeta que continuaba, se prolongaba después, arrastrándose por el suelo, siendo en la pared tapiz y alfombra en el pavimento, hasta su mitad. Nada más. Nada de altar. Descansando en tierra, hincándose en la peana, que simulaba un bloque de granito, el madero santo, de grandes dimensiones, tocando con el cartel de la sangrienta burla judaica (I. N. R. I.) en la cornisa, y clavado en aquella cruz, convirtiendo la ignominia en pedestal de gloria, un muerto, cuyo cadáver tiene hermosura tal, que de su rigidez se apoderó el arte, encontrando tan admirable la nota del no ser descubierta en el Calvario, que de ella, antes sólo estudiada por el anatómico, hizo el escultor cristiano sus estatuas. Era Jesús. Era el Jefe que, como el Cid en la leyenda, sigue ganando batallas y capitaneando a sus huestes después de muerto. El Jefe de

II.

PARA Román era siempre la niña, pero tenia un nombre más bonito: se llamaba Gracia, y, como queda dicho, era de siete años menos que el sacerdote. *¡Niña!* Fisiológicamente dejó de serlo á su tiempo y en sazón. A los doce años, y contaba ya quince.

Gracia era morena, del color de la arena tostada, como pintan á Agar, la sierva egipcia, desnuda en el desierto, cuando Jehová habló con ella en el pozo del Viviente. Tenía los ojos negros, grandes, llenos de curiosidad en la mirada, hasta el punto de que sus pestañas encorvadas, siempre inquietas, parecían dar a cada rayo visual, para que más semejara una pregunta de los ojos, multitud de signos interrogativos, una adorable ortografía temblorosa y titilante en la leve sombra y al extremo de los párpados. La nariz pequeña, pero de fosas nasales muy movibles, que se dilataban y contraían para respirar con delicia los fuertes olores de la vida. La boca con mucho bulto de labios rojos, y en la comisura de éstos, y encima del superior, estaba cuajada de ligerísimo vello oscuro. Alta, prometía serlo todo lo que la estatura femenina tolera que crezca la mujer para que no deje de ser hermosa. Una buena moza. La frente era lo más defectuoso, no porque tuviera deformidad, sino por su poco espacio:

dijérase que esto obedecia á que, en su cabeza, el pelo, por tener misión de adorno, tuvo prisa de crecer cuanto antes y con maravillosa abundancia. Suelto y destrenzado tan largo era, que necesitaba peinarse de pie, y tardaba un hora. Presentóse una mañana á su hermano de tal suerte.

—¡Mira, mira qué atrocidad! ¡Yo no sé adónde va á llegar esto!

Se volvía de espaldas envanecida esperando una palabra de elogio.

Pero, palideciendo, Román gritó:

—Vete á tu cuarto. Péinate en seguida. Que no te vuelva yo a ver así.

Obedeció, y estuvo llorando mucho rato, todo lo que tardó en recoger aquel ondulante cuanto sedoso y perfumado cabello con que trató de excitar la admiración y provocó solamente el enojo del sacerdote.

Hízolo ella por pura inocencia, como lo hacía todo, ¡bien lo sabe Dios ! ¡Coquetería! Ni de pensamiento conocía esta cualidad. Gracia no era coqueta. ¡No! Se recreaba en sí misma, esto es cierto; mas por ello no cometía pecado. Decía al ver sus pies: «Son pequeños» pero llevaba zapatos muy anchos, muy baratos, de forma ordinaria; así es que lo de la pequeñez lo sabía cuando se los miraba al descalzarse. Lavaba mucho sus carnes; y tampoco con intención malsana, sino porque este aseo diario lo necesitaba para quitar ardor á su temperamento sanguíneo, á su naturaleza prepotente. Por recomendación de su mismo hermano hacía esto; y aun se añade que Román la compró un baño de zinc redondo y bajo para estos usos, oyendo con cierta satisfacción el chapoteo del agua á

Román, soldado, no de los que gustaban á su hermana, sino de la milicia negra de Cristo.

Era la imagen de tamaño natural; y aquel cadáver desnudo, destacándose sobre las bayetas negras, resultaba lo más visible en todo el gabinete. Era un Cristo más propio de templo que de oratorio privado. Costó, según aseguraba la *niña*, muy buenos cuartos. Era de boj. La talla, una copia del *Santo Cristo del Silencio*, la más imponente de todas las imágenes que salen en los pasos de la renombrada Semana Santa sevillana. Las carnes pintadas tenían lividez cadavérica ¡las heridas, coágulos de sangre! Un médico hubiéralo estudiado como reproducción hecha en cartón-piedra de un caso de puñaladas, de uno de esos asesinados que se llevan desde la esquina en que cayeron á la mesa del anfiteatro. Aquellos cuyo estómago no estuviese fortalecido en las realidades de la disección deberían sentir asco. Sólo teniendo conciencia de que simulaba un Dios no se experimentaba la náusea ante las llagas. Román las cubría de besos.

Suprimido el altar, reemplazado con el Ara de la Cruz, el sacerdote aumentó lo aterrador del cuadro haciendo que al crucifijo colosal no alumbraran constantemente más que dos gruesos cirios amarillentos. Con esto se entonaba más el aspecto de cámara mortuoria. La *niña* no quería nunca entrar allí por la noche cuando su hermano no estaba.

—¡Me dan miedo los muertos! —decía.

—Éste no es un muerto. Éste resucitó al tercero día.

Pero no hubo medio de hacerla dominar su espanto.

Tenía razón. Tenía la razón, la limitada razón humana, porque la imagen era la verdadera, la más acertada de Aquel de quien se anunció: «No hay parecer en Él, ni hermosura. Verlo hemos más sin atractivo para que le deseemos»; de aquel VARÓN DE DOLORES que profetizó Isaías: «*A planta pedis usque ad verticem capitis, non est in eo sanitas.*»

No había en él salud, y era su martirio su gozo. Era el cadáver horrendo de una víctima del populacho.

la hora en que Gracia, encerrada en su cuarto, exprimiendo las esponjas en su cuerpo, se lavaba de pies á cabeza. «Ya estoy fresca como una lechuga,» decía al acabar esta faena, saliendo de su encierro, donde quedaba como esparcida en la atmósfera la tibia emanación humana de su juventud y de su virginidad desnudas.

En lo demás, en lo que materialmente no se relacionaba con su desarrollo, que se resolvía todo en curvas y en anchuras, Gracia era una niña, una verdadera niña, que recibía siempre con susto las revelaciones del organismo, llegando a desesperarse y a tener ira contra su propia carne, porque se redondeaba abultando los pechos, y con las pródigas hemorragias de su exuberante sexo, que la producían estados de sensibilidad exquisita, una verdadera neurosis, en que el menor ruido era su sobresalto, y el roce más leve un cosquilleo de la piel que la estremecía poderosamente.

En estas crisis de la hembra, Gracia solía perder su miedo al gabinete del cura; y cuando éste se hallaba ausente, penetraba allí, poníase delante del oratorio, temblando primero, hasta que, por último, alzaba los ojos, y sus miradas se fijaban, más curiosas que nunca, más llenas de preguntas, en aquel gran cuerpo de varón desnudo, cuyos brazos no le parecían abiertos para el martirio, sino para cogerla en ellos y levantarla hasta la cruz, estrechándola en una sobrehumana caricia. Sentíase removida en todo su ser, dolorida dulcemente: algo se quería desprender de ella, salir de su seno al encuentro de cosas desconocidas, de placeres ignorados.

Cuando el hermano la veía así, con más sombra bajo los parpados y un fuego extraño en la mirada: «¿Estás mala? ¿Quieres que llame á un medico?» Y ante las negativas de ella insistía el bienaventurado, que no conocía todo lo que es fisiológico más que de una manera vaga, sin que en ello la malicia le hiciera adivinar que la niña era entonces como la mujer del pueblo israelita de la que habló Jehová á Moisés y á Aarón, diciendo: «Siete días estará apartada, y cualquiera que tocare en ella será inmundo hasta la tarde.» Ella guardaba su secreto, y él así conservaba su ignorancia.

Gracia vivía en toda la casa; pero su habitación de estancia más prolongada, aquella en que dormía, la verdaderamente suya, era el gabinete inmediato á la sala, ó sea al cuarto de su hermano. Separábalos, pues, sólo un tabique, y, sin embargo, parecía entre ambos el espesor de una muralla por las diferencias de sus gustos y de sus ocupaciones. Román no tenía más que la de su breviario; y á la verdad que, cumplida con la escrupulosidad que á todo lo de rito llevaba el sacerdote, la tarea pecaba de sobrada. Así, mientras él adoraba de rodillas el lívido Mártir del Gólgota, Gracia, madrugadora, mal envuelta en un traje viejo, regaba las macetas de su balcón; y pegando sus labios á los alambres de la jaula, recibía en ellos con fruición picotazos del jilguero, á quien solía decir, riéndose cuando los menudeaba aleteando: «¡Tonto, más que

tonto! ¿Te figuras que son cerezas?». También tenía Gracia una gata que se las disputaba en punto á marrullerías con todos los fariseos habidos y por haber. Era blanca, de Angora, muy dormilona y tan nerviosa como criolla en hamaca. Jugaba con los carretes de hilo del costurero, y más filossóficamente con su cola, si otra cosa no tenía á mano; escondía las uñas y clavaba unos dientecillos como alfileres en los sonrosados dedos de su ama. El mobiliario del gabinete era una cómoda, más moderna que la de Román; una mesita de pino, cubierta con un paño blanco, sobre cuya mesa, en la pared, colgaba un espejo muy pequeño y de mala luna. Éste era el tocador de Gracia, en el que no había más que jabón basto, un bote de aceite, las consabidas esponjas, y, por gran concesión, un enjuague, un cepillo de dientes y otro de uñas; las aguas de olor, los polvos para la cara, cosas eran prohibidas en absoluto. Limpieza, y nada más que limpieza. Y a la verdad que Gracia no necesitaba mayores refinamientos. El famoso baño de zinc allí estaba en la alcoba, ocultándose á las miradas indiscretas, escondido como un amante en el espacio que media entre la pared y la cama. Esta sí que merecía nombre de tal. No era un catre, como la de Román.

Tenía su historia.

Cuando el sacerdote salió del seminario, escribió á sus padres una epístola llena de conceptos místicos, en que daba gracias al Altísimo por los beneficios recibidos y por los que esperaba recibir en lo futuro; y en ella les rogaba que, siéndoles grato, había pensado encargarse de la niña; y en su deseo de aliviar de este modo las obligaciones de aquellos á quienes debía el

ser, la tomaría para su cuidado, en lugar y con mayor contentamiento que una extraña, porque al fin y á la postre, aunque mujer, era hermana suya, y esto resultaría mejor visto y acomodado á su condición de sacerdote católico, de cuyo celibato, llevado en esta forma, no haría comentos la malicia.

Parecióles por todo extremo aceptable y buena la proposición á los padres del cura, y sobrado beneficiosa para Gracia, que al lado de la santidad del primogénito, así como hasta entonces había crecido sólo en hermosura, sin menoscabo de la inocencia, había de crecer en virtudes; y desprendiéronse de ella en contestación cumplida á la carta, enviándola á su hermano, en vagón de segunda clase, desde Tudela, que era su pueblo natal, y en el que tenían labranza. Como labradores ricos, quisieron hacer las cosas en regla; y atendiendo á que *la niña* era quien era, y dijo una vez, cuando el cura del lugar habló con ella de monjío, que «con que hubiera un santo en cada familia bastaba, y que unos nacen para Dios y otros para cumplir sus deberes en el mundo,» marido y mujer estuvieron de acuerdo en ataviarla de todo cuanto en ajuar se necesita; y á tanto llegaron, que Román hubo de maravillarse cuando, al recibirla en la estación, le dijo la virgen aragonesa:

—Espérate, que traigo mucho equipaje.

Y vió bajar un par de arcones, en que venía la ropa, y un embalaje hecho a conciencia de un objeto cuya forma le extranó.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—¡Toma! ¡Qué ha de ser! Ya lo verás.

Y llegados á casa, desembalado el bulto, el tonsu-

rado reconoció la cama, la mismísima cama de los que le dieron el ser, la cama de matrimonio tradicional que se heredaba en la familia de padres á hijos.

—Me la han dado. ¡Mira qué hermosa es!

La doncella dormía, pues, en aquella cama nupcial, que, con su gran dimensión y altura, de colchones, ocupaba mucho espacio; y dormía así, porque no lo consintió de otra suerte, ni accedió en este punto á los ruegos de Román, á quien la vista del lecho inquietaba y removía sobremanera .

—Eso —le dijo— te lo han dado por si te casas algún día.

—Pues por ser así, desde ahora me voy acostumbrando.

Media docena de sillas de Vitoria adosábanse á las paredes del gabinete; y se veía también una sillita baja para coser junto á los cristales del balcón, en los que había cortinillas blancas.

Hasta el culto predilecto que Gracia tenía dentro de la religión católica era distinto. Lo que se veneraba en la sala diferenciábase de la devoción del gabinete como se diferencia la cuna del sepulcro. Sobre la cómoda de nuestra heroína estaba también el Redentor de los hombres. Sobre la cómoda y bajo fanal. Era una imagen á la que Gracia cuidaba con los extremos con que la mujer cuida un juguete. ¡El Redentor! ¡Jesús! Pero no el cadáver del Crucificado, no aquel muerto que causaba repugnancia ó terror. Jesús en su niñez: el Niño de la Bola. Le adoraba, rezábale y le vestía. Era no sabemos si el ídolo ó la muñeca, ó tal vez las dos cosas juntas, barajadas y confundidas.

Descripción merece.

Es una peana de caoba muy lisa, y tan reluciente, que siempre semeja barnizada de nuevo. El fanal encajándose en la circular ranura, y dentro... Pero vamos despacio, porque allí dentro hay muchas cosas: dos floreros de porcelana, con flores de trapo, cuyos estambres y pistilos son tiritas de payel dorado; estos floreros tienen grabada en la porcelana la inicial del dulcísimo nombre de María, tal como es costumbre formarla, en color azul; delante de todo, un *Divino Cordero*, cuyas patas son de cabritilla cosida y rellenas de serrín; las lanas, de algodón en rama; los ojos, dos cabezas de alfileres negros, y todo por este estilo. Aquella obra de arte peregrina está hecha por las manos de la mismísima Gracia. Hace sonreir á todos los que la miran. Detrás, una Virgen del Pilar, de plata, tamaño como un alfiletero; luego una cruz de papel picado, del llamado papel de cañamazo; más allá un manojo de medallas benditas, y, por último, la imagen. ¡Una monada!

De alto como un abanico, ni más ni menos, y aun el abanico no ha de ser de los llamados *pericones*. Todo el santito de porcelana. Una cara preciosa, los ojos azules, la boca sonriendo, dejando entrever las menudencias de los dientes; el pelo rubio y en el pelo tres rayos de sol. Nada de metal falso, oro puro. Las manos, tan pequeñas y tan blancas como almendras mondadas. Un brazo levantado, sosteniendo un globo azul celeste, sobre el cual hay una cruz (también de oro). Por el ribete de la falda asoman los pies. ¡El pobrecito está descalzo! Y ahora entra lo bueno: el traje, confección (como se dice ahora) de la señorita Gracia. ¿Es de raso morado, con lentejuelas de plata,

el que hoy lleva puesto? Pues entonces hoy es domingo: ese es el vestidito de los días de fiesta; tiene otro verde, de terciopelo; otro, color de rosa, con encajes; uno blanco, que se le pone el día de la Purísima; además el negro, con abalorios de azabache; éste es para la Semana Santa. Y así sucesivamente, una infinidad. El *Niño de la Bola* tiene su baúl de juguete, pero de bastante amplitud para que quepa tan numeroso equipaje; además posee algunas alhajillas: un collar de perlitas y (¡oh profanación de la devoción femenina!) una pulsera. ¡Una pulsera para el Redentor del género humano!

Por todo lo cual resulta que podía ser la imagen del Niño de Dios, pero que, en realidad, era el niño de Gracia.

Al principio, Román solía entrar en el gabinete de su hermana y la reñía.

—Eso no es devoción. ¿Dónde has visto tú santos con collares y pulseras?

Pero la aragonesa tenía respuesta para todo.

—¿Dónde? En muchas iglesias. Además, á los niños estas cosas les van muy bien.

Y otras veces le obligaba á acercarse á la cómoda, y se quedaban los dos mirando al adornado Jesús.

—Vamos á ver, fíjate bien: ¿qué te parece? ¿qué edad le echarías? Es una suposición, vamos; por la cara, lo más que representa son unos cuatro años; entonces creo que estaba en Egipto.

El sacerdote cesó en sus visitas de pronto. No volvió á entrar, no obstante haberle invitado á ello un día con grande instancia para que viera un traje nuevo del niño Jesús.

—Prefiero no verlo. De esas cosas, que tú no crees pecados, vas á tener que confesarte.

—¡Ave María! ¿Yo? Pues que, ¿es malo querer á Dios?

—De resultas del cariño pierdes mucho de sierva suya. Te familiarizas demasiado. A Jesús se le adora y se le teme; el temor es santo.

Buena es una aragonesa que está rebosando salud, robustez y alegría por todo su ser, para andarse con temores y aspavientos. Ella no tenía miedo más que del *otro*, del que estaba en la sala, del *cadáver* (así lo llamaba *in mente*); pero del niño, ¡bah!, lo quería con toda su alma.

—Como si fuera hijo mío, aunque te parezca un disparate.

Y así era la verdad. En el culto del sacerdote había servidumbres, esclavitud: sus manifestaciones eran hundir la frente en el polvo, adorar y gemir, severidad, honda tristeza, y, acaso, acaso, el grito de desesperación, aun no bien formulado, que empezaban á lanzar una juventud y una virilidad inútiles. La muerte de un hombre en la plenitud de su edad, muerte corporal idéntica á la de la imagen. Cristo, según lo generalmente aceptado, murió á los treinta y tres años. En cambio, había en el culto de Gracia las manifestaciones todas del sentimiento maternal. Al *Niño de la Bola* ella le echaba unos cuatro años. El Calvario estaba muy lejos, y más allá del Calvario la resurrección. Ella sí que hubiera dicho en latin, con verdadera unción evangélica, mirando á la imagen de que era sacerdotisa... «*qui vivis et regnas in saecula saeculorum.*»

¡Por los siglos de los siglos! ¡Mientras haya mujeres en el mundo!

III.

HACÍAN los dos hermanos una vida muy retirada; y aun dentro de la casa, a los dos meses de venir Gracia de Tudela, ocurrió lo que dicho queda, de convertirse á más huraño el carácter del sacerdote, con lo cual el aislamientò y soledad resultaron insoportables.

La joven ignoraba las razones á que pudiera obedecer este cambio ¡pero lo más singular es, que el mismo Román, que lo motivó, tampoco podía darse cabal cuenta de ellas. Un alejamiento instintivo de una cosa que desconocía, pero que la misma ignorancia le hizo tener por un peligr. ¿Peligro de qué? ¿No era su hermana? ¿La hija de su padre? Pues entonces...

Román dos ó tres veces intentó reanudar sus visitas al gabinete de Gracia. Entrar allí. ¿No era, después de todo, ridículo lo que estaba haciendo? Al salir de su cuarto pasaba por la puerta de escape; y si veía abierta la del gabinete, con verdadero susto en el ademán y en la voz gritaba: «Cierra, Gracia, cierra,» ó cerraba él mismo, y sólo así se tranquilizaba. Sus tentativas fueron anuladas siempre por la voluntad, por algo que parecía voz ó aviso del cielo, una orden sobrehumana gritándole en la conciencia: «Te prohibo que entres.» ¡Cosa más rara!

Román tenía un organismo digno de estudio, hermoso; un temperamento de los que ya no conoce la ciencia, porque los ha hecho desaparecer la grande anemia y la neurosis intensa del siglo diecinueve. Sanguíneo-nervioso. Entre los seres animales equivale esto a ser el brillante de la humanidad. Equilibrio perfecto. Desarrollo en su grado justo. A igual distancia de la atrofia que de la hipertrofia. La vida como punto, y el punto centro matemático de un círculo. Nutrición exenta de gula, porque la asimilación de alimentos es acabada. Pensamientos bien concebidos y fácilmente expresados. Sentir como se piensa, sin violencias de emoción tales, que lleven á la adquisición del aneurisma. Cinco horas de sueño bastan para el reposo; una legua de camino para el ejercicio. Pueden levantar los brazos tres arrobas de peso cada uno, sin que se resienta por ello la musculatura. Vista de cazador de vencejos. Respiración tan igual como el movimiento de los ventiladores de una máquina de vapor. Pulso tan acompasado como las oscilaciones del péndulo de segundos. Vida entrando á torrentes por todas partes en la materia, tan magistralmente dispuesta á recibirla.

A un hombre así, la naturaleza lo puede llamar: «¡Hijo mío!», y la naturaleza, como madre, lo reclama. Es preciso que, pues tiene órganos perfectos, ninguno de ellos deje de cumplir sus funciones. ¿Las cumple? Queda satisfecho. Jamás uno solo de estos órganos traspasa los límites de la necesidad para llegar al vi-

cio. Glotonería, lujuria, pereza, palabras que no tienen ningún sentido, ningún objeto; armas mortales que se quiebran contra un cuerpo en que están combinados *según arte* estos dos elementos: sangre y nervios. El hierro y el acero. ¡Qué estatua!

De hombres de tal constitución dicen los textos sagrados este á manera de hermoso epitafio:

«Y era Moisés de edad de ciento y veinte años cuando murió: sus ojos nunca se oscurecieron ni perdió su vigor.»

Por esto mismo, por no ser vicios, y por ser estrictamente necesidades las que experimenta un organismo así formado, la satisfacción de éstas da el bienestar á la materia ¡pero una sola de ellas resulta imposible dejar de cumplirla. El hombre pierde su cualidad racional, y queda convertido en fiera. Su comida es frugal; pero le basta a su aparato digestivo un solo día sin pan para dar á la mano este consejo: «Roba.» Sus pulmones necesitan oxigeno, sus miembros movimiento, todo su ser libertad. Privadle de ella: será de los presidiarios que se escapan siempre. Dejadle sin abrigo en invierno: incendiará como Nerón toda una ciudad para calentarse a la hoguera. Es casto, su continencia es la que corresponde por naturaleza á los animales que han de reproducir y multiplicar su especie, sin que se debiliten por ello las fuerzas de la vida intelectual. Usa de la hembra, de la comida, del vino y llasta del aire que respira, parcamente, cuando exigen entrar en actividad los órganos correspondientes á cada función. Pero si la virgen se resiste, no se detiene ante ningún obstáculo. Toda violencia está justificada. La misma voz que cuando tuvo hambre le

dijo: «Roba,» ahora, dirigiéndose á su sensualismo, le grita: «Viola ó estupra.» Para estos seres, la menor contrariedad, como para otros la mayor, lleva al crimen.

La continencia absoluta sólo se consigue con remedio horrible: la castración.

Román ignoraba su temperamento. No sabía de sí mismo nada más sino que era robusto y que estaba sano. En su cualidad de sacerdote, le preocupaba el alma y desatendía el cuidado del cuerpo. A la materia la daba su alimento y su aseo; y hecho esto, poníala de rodillas delante de la divinidad y la humillaba. De buena gana, en su fanatismo, lleno de vida y de juventud, hubiérase echado, como los trapenses moribundos, sobre un puñado de paja y una cruz de ceniza hecha en el suelo, para recordar más positivamente su origen y repetir con el *Eclesiastés: «Quid superbis terra et cinis?* ¿De qué se ensoberbece el que no es más que tierra y ceniza?»

Román, desde que vino Gracia de Tudela, halló cosas nuevas y fenómenos que le preocupaban en grado sumo, porque hasta entonces no pudo averiguarlos en la complicada vida que llevaban el alma y el cuerpo, el sacerdote y el hombre. Pensando en ello, le sobrevenían alarmas de que jamás se consideró susceptible.

Ya hemos dicho que, en los dos primeros meses, ninguna revelación pudo turbar su sosiego. La recibió

y acogió con extremada alegría. Recordaba que Gracia andaba de corto y jugaba cuando el era ya un adolescente. Recordaba, de más lejanos tiempos, haberla dormido en sus brazos, envuelta en pañales, con esa solicitud que manifiesta el hermano mayor hacia el menor; solicitud casi paternal, para la cual sólo es preciso que el menor sea un nene y el primogénito un arrapiezo. Al verse de nuevo, después de los años de separación transcurridos, varón fuerte él y ella moza garrida, el recuerdo de la niñez sirvió como de velo tupido que cubría sus cuerpos y los resguardaba de la malicia. La carne separada por la consanguinidad y la inocencia paradisíaca que describe el versículo del *Génesis*. Por eso él decía, hablando de Gracia: «¡Mi hermana la niña!» Y ella, hablando de Román: «¡Mi hermano el cura!» Y se figuraban así la expresión completa de su pensamiento.

Esto duró poco. La ilusión de Román tuvo modificaciones, y se alteró al entrar en los moldes de la realidad. De aquí su sorpresa. El celibato eclesiástico, por instinto y aviso de la carne, habíale parecido cosa difícil y acaso la regla más estrecha del estado que abrazaba; meditó sobre ello todo lo que le es permitido meditar á quien siente la vocación como un fanatismo. Pensó en la mujer como piensa el militar en la bala que ha de herirle: «¡Bah! ¡Puede ser que no! Y si me hiere, no todos los tiros matan.» Y entonces solicitó el pase á campaña. Luego creyó haber encontrado la fórmula salvadora.

—Para mí, no será una mujer la que viva conmigo, la que me cuide. ¡Gracia y yo solos! Ama de gobierno, esa, la única, ¡mi hermana!

Y al salir del seminario escribió la carta que ya sabemos. Creyéndose poseedor de un talismá, se abandonó al optimismo. La materia, el organismo, la juventud, ¿qué importaban, ni de que servía contar el número de tales adversarios? Podían menudear los golpes. Se equivocaban. Le atacaban creyéndole indefenso. ¡Indefensol Iba á la lucha porque estaba seguro de ser invulnerable.

El día de la llegada fué muy divertido para los dos. El sacerdote la vió asomada á la ventanilla del vagón, cuando el tren penetró en el andén con estruendo de ferretería y silbidos bajo la gran cubierta de cristales.

—¡Gracia!

—¡Román!

Se siguieron con la vista hasta que se detuvo la máquina. Abierta la portezuela, la muchacha iba á poner el pie en el estribo del coche. El sacerdote estaba allí; la cogió por la cintura, la levantó, la hizo saltar, como cuando era chiquilla, y, subiéndose en un poyo, tendía los bracitos á su hermano, gritándole: «¡Cógeme, cógeme; quiero volatines!» Saltó lo mismo que entonces, aunque pesaba más;pero también el tenía más fuerzas. Los dos se reían. Así en sus brazos la colmó de besos.

—¿Y padre? ¿Y madre?

—Con salud, ¡á Dios gracias! ¡También tú estás bueno! ¡Qué alto!

—¡Pues no que tú!

Y los viajeros, al pasar junto á estos regocijados extremos, oyendo el diálogo, comentaban

—¡Son dos hermanos! Deben quererse mucho.

Tomaron un coche de cuatro asientos, á domicilio. Pagaron los asientos restantes para ir solos. El equipaje iba en la baca. Dentro, una porción de bultos de mano.

—¿Y todos esos engorros que traes?

—Anda, anda, engorros, y son cosillas de allá que me dió madre para que te las comieses. ¡Verás que ricas! ¡Hace tanto tiempo que no las pruebas! Padre te manda cinco onzas para que, á su memoria, te compres un sombrero de teja y lo demás que necesites.

—¡Dios se lo pague!

Durante el trayecto no cesó la charla. Y al llegar á casa lo mismo. Aquel día se descuidaron algunos rezos de rúbrica.

—¡Hombre, ayúdame! ¡Ven aquí! ¡Echa una mano!

Estaba Gracia sentada delante de los arcones. Éstos abiertos, y abiertos también los cajones de la cómoda.

Román se quitó la sotana. Quedó en mangas de camisa. Extendía los dos brazos, las manos con las palmas para arriba. Así iba recibiendo el equipo de ropa blanca, trasladándolo al mueble con mucho tiento para no quitar los dobleces de la plancha y para no arrugarlo.

—Esas camisas en el primer cajón de arriba.

—Ya están.

—Toma. Las enaguas. Pónlas así. Extendidas..

—¿También en el cajón? No caben.

—¡No, hombre! En la cómoda, no. Cuélgalas en la percha. Mira, para que no cojan polvo, pón esta colcha por encima. ¡Ajajá!

—¡Chica, qué bien huele tu ropa!

—Es del membrillo. Ya te pondré en la tuya.

Media hora estuvo el sacerdote ayudando en la tarea. Por sus manos pasó toda la ropa interior de mujer. Se reía del suceso.

—¡Vaya que está bueno! ¡El que me viera a mí ahora con esto en la mano!

Era un corsé.

—¡Y qué tiene de particular! Mira, no lo guardes, déjalo ahí.

—¿En dónde?

—En cualquier parte. Sobre una silla. Ese es el usado. Guardaré el nuevo.

Después pasaron al comedor. Román había mandado traer chocolate del café más próximo.

—Desde mañana cuidarás de la cocina Hoy comemos de fonda. No hay aquí ni carbón. La verdad es que me estabas haciendo mucha falta.

—¡Pues ya lo creo! Si los hombres solos no servís para nada. ¡Ya veras tú!

Terminado el desayuno, la emprendieron con una verdadera obra de romanos. Armar la famosa cama de matrimonio. El sacerdote agotó su paciencia, y acabó por declararse inepto.

—Mira, yo no entiendo todo este jaleo de tornillos.

—¡Caramba! Y el caso es que, con la fatiga del viaje, yo me estoy cayendo materialmente. Dormiría un poquito.

—Duerme si quieres.

—¿En qué cama?

—En la mía por este momento. De aqui á la noche, ya habrá venido uno que ponga sobre sus cuatro pies este armatoste.

Mientras se echaba, vestida por supuesto, sin hacer más que aflojar las lazadas de las cintas, él mismo entornó las persianas del balcón, graduó la sombra favorable al sueño.

—Te llamaré cuando traigan la comida. La encargué para las dos de la tarde.

Y salió de puntillas.

Quedaron en la sala el Cristo agonizante en la cruz y la mujer, cuya última visión antes de cerrar los ojos fue la palidez de los brazos extendidos sobre el madero santo.

El hermano volvió al gabinete. Iba decidido á sentarse, a descansar también, porque estaba rendido de tanto ir y venir. Buscó un asiento desocupado. ¡Imposible! Ninguna silla estaba desocupada. En cada una había un objeto distinto, y hasta por el suelo se veía esparcido el equipaje de Gracia. Aquí, un pañuelo de seda de colores chillones ¡más allá, unas botitas mal hechas por el Reinaldo de Tudela, pero pequeñas, como cajas de bombones ¡y luego, la dichosa ropa blanca que, con ser tanta, no había cabido en la cómoda. Unos pantalones con puntilla de encaje, los refajos de invierno, camisas, chambras, y, por último, en el sitio más visible, el corsé, no el nuevo, sino el viejo, que habia caído derecho por casualidad, debido sin duda á su vejez misma, al vicio adquirido por las ballenas y por la tela; allí estaba como un vaciado del busto de Gracia, lleno de esbeltez en la cintura, de amplitud en

las caderas, ufanándose en ahuecar los moldes redondos de los pechos; y era la tela de color de rosa pálido: casi hasta en esto el tono de la encarnación humana. El sacerdote frunció el entrecejo. Llegóse á la silla, y airadamente, como de un sopapo, tumbó y chafó sobre el asiento aquellas turgencias. Pudiera decirse que cayeron panza arriba. Al mismo tiempo de ejecutar este acto, sus fosas nasales se dilataron aspirando el aire con delicia. Olía bien. Recordó la explicación de *la niña*: «Es el membrillo.» ¡El membrillo! De todas maneras empezaba a sentir una agitación extraña. El jilguero en aquel instante le regaló el oído con uno de sus trinos más poderosos. Cantaba teniendo en el pico un cañamón. Román no llegó á sentarse. Casi como un fugitivo se encaminó al comedor.

A las dos, durante la comida, no estaba tan contento como por la mañana.

IV.

Christus virgo, Virgo María, utriusque sexus virginitatem dedica vere. Apostoli vel virgines, vel post nuptias continentes, dice San Jerónimo, presentando así, con el altísimo ejemplo de Jesucristo y los apóstoles, la recomendación del celibato á los sacerdotes, que deben ser una viva imagen le Cristo, y cuya misión requiere un género de vida muy desembarazado de los afectos mundanos y de los deberes conyugales, como lo declara el Apóstol en su carta primera á los corintios. «Quisiera, pues, que estuvieseis sin congoja. El soltero tiene cuidado de las cosas que son del Señor, cómo ha de agradar al Señor. Empero el que se casó tiene cuidado de las cosas que son del mundo, cómo ha de agradar á la mujer.»

Pensando en esto, Román empezó, como vulgarmente se dice, a devanarse los sesos. Á la verdad que no sabía cómo y por qué ocultos caminos su entendimiento se llegó al laberinto de analizar la doctrina bíblica del celibato, y las disposiciones del canon IX, sesión 24 del concilio de Trento.

Cierto que el tenía que guardar castidad, porque, en los clérigos ordenados *in sacris*, los pecados contra ella revisten la naturaleza de sacrilegio; pero también tenía que guardar templanza y ejercer la beneficencia

y hospitalidad ¡era obligación suya, por ser estas tres, de todas las virtudes cristianas, las que más directamente se oponen a los vicios del mundo ¡contra la templanza y la beneficencia jamás se le ocurrieron objeciones; ¡pero ser casto en absoluto, por completo, de una manera acabada, perfecta, durante la vida!...

Para promover y fomentar sus obligaciones en el sagrado ministerio, conoció que era muy provechosa la piedad para con Dios, la lectura de libros ascéticos, la confesión frecuente, los ejercicios espirituales y el estudio de las ciencias eclesiásticas, muy provechoso para todo... ¡menos para *aquello* para lo cual más lo necesitaba! Había puesto, sin embargo, cuanto estaba de su parte.

Las leyes de la Iglesia prescriben á los clérigos que no puedan tener en su compañía y á su servicio personas sospechosas por su conducta, y él llamó á su hermana, para huir mejor de todo lo que fuere ocasión de pecado ó infundiere sospecha de ello á los demás. Pues bien, ¡cosa rara!: precisamente desde que vino Gracia de Tudela, y no á los dos meses de su venida, sino el mismo día, como ya hemos visto, le acometieron los pensamientos que sugiere, á no dudar, en el cerebro la tentación de algún demonio libidinoso.

¡El mismo día! Fue como romperse de pronto el velo del templo, y ver detrás, en lugar de los esplendores de la religión católica, las desnudeces artísticas de los cultos paganos. ¿Qué era aquello? Su casa tenía otro ambiente; el sol era un incendio, dábale más calor y más luz; las mañanas le parecían más pródigas de brisas, de frescura, y las noches, ¡ah! las noches eran un misterio, una sombra propicia á todo.

La turbación de espíritu que le hizo huir del gabinete de Gracia no fué nada en comparación de otro episodio que ocurrió aquel mismo dia.

Como Román tuviera la costumbre de la siesta después de comer, se dirigió á su cuarto con este objeto ¡y apenas se hubo tendido en el catre, que aun conservaba el calor del cuerpo de Gracia, apenas su cabeza descansó en la almohada, cuando notó el perfume de la cabellera femenina allí impregnado, sintió caer y como encajarse sus miembros en el molde de los que antes reposaron sobre el mismo colchón, y descalzo, en mangas de camisa, púsose en pie violentamente!

—¡Gracia! ¡Gracia!

—¿Qué quieres? ¿Qué se te ocurre? —contestó desde la cocina la viajera, que colocaba la vajilla en el fregadero, y, descubiertos los brazos hasta más arriba del codo, se disponía á lavarla. —¿Qué se te ocurre?

Román estaba pálido, desencajado. La aragonesa se asustó.

—¡Ay Dios mío! ¿Te has puesto malo?

—No... no es eso.

Y dominándose:

—Es que no puedo dormir. La cama no está mullida.

—¡Toma! Pues tienes razón. ¿Cómo ha de estarlo si me levanté y no la hice? Estará muy dura con el peso mío. ¡Figúrate! Pero ya verás tú. Te la voy á dejar sin un hoyo.

—Escucha —exclamó el sacerdote balbuceando: —y de paso, puesto que ya estás á ello, muda las sábanas y las fundas.

Le miró sorprendida.

—¡Pero si están limpias! Á no ser que me tengas asco...

—No, mujer. Tienes razón. Es que yo creí... Anda. Mullirla y nada más.

La siesta no se durmió aquel día. Román se encerró en la sala, se arrodilló en su tremendo oratorio, ante la imponente imagen.

—¡Jesús! ¡Jesús mío! —y quedó abrazado á la base del madero santo. El rezo le hizo mucho bien. Las bayetas negras, el cruento martirio, cuyo dolor expresaba la escultura admirablemente, fueron bastante para borrar las palabras que habían visto sus ojos como escritas en la pared, con más siniestro sentido que el *Mane, Thecel, Phares*, dos palabras que le aterraban, sólo estas dos:

¡Delicta carnis!

En los días siguientes, el grito de rebelión de la materia, sofocado por el varón fuerte, no se reprodujo, no resonó en contra del tirano espiritual. Cuando recordaba el suceso, reíase de sí mismo.

—Estuve loco; al demonio se le ocurre. ¡Si Gracia supiera que con sus olores á membrillo y sus nevados montones de enaguas y camisas ha corrido el riesgo de volverse por donde vino!

Lo atribuyó naturalmente á la falta de costumbre, al cambio de hábito y uso. ¡Él! ¡Un sacerdote! Pues por eso mismo. Vivía solo. La primera mujer que venía á compartir su techo era forzoso que le causara esta impresión. Pero pasajera. ¡Una mujer! ¡Valiente mujer! Era «su hermana, *la niña*»

Y no volvió a ocuparse de tan ridículo suceso.

El celibato eclesiástico parecióle entonces excelentemente ordenado.

¡El matrimonio en los sacerdotes, cosa imposible, con la cual perdería su prestigio la Iglesia! Eran, á no dudar, las mejores razones las aducidas por la experiencia con apoyo de esta doctrina. Los presbíteros griegos y los ministros anglicanos y protestantes se casan. Y eso ¿qué demuestra? ¿Acaso tienen que desempeñar diariamente para con los fieles su ministerio?

Los sacerdotes católicos asisten á los enfermos, aun cuando sufran un padecimiento contagioso, sin que los abandonen ni dejen de suministrarles los auxilios espirituales hasta el último momento de su vida. Si el enfermo le contamina su enfermedad, el sacerdote no contagia después á su mujer y á sus hijos. Pues ¿y los misioneros? Para un soltero, la patria es el mundo; la familia, la humanidad. ¿Podría un hombre casado penetrar en países infieles, soportar con la mayor resignación y conformidad cristiana todas las privaciones y trabajos, sin excluir la misma muerte, por extender entre sus semejantes la luz del Evangelio? El celibato da la independencia necesaria para el cumplimiento de los sagrados deberes, y hace á los sacerdotes más venerables á los ojos de los fieles: tuvo razón San Pablo al ensalzar la virginidad, recomendándola á los corintios.

Y Román repetía de memoria el texto latino:

«*Qui sine uxore est, sollicitus est, quae Domini sunt, quomodo placeat Deo.*»

Pero ¿y la naturaleza? ¿Y las leyes fisiológicas? Tal

vez Gracia tuvo razón el día que dijo, con los arranques y franqueza propios de su tierra:

—Todo eso es muy bonito; pero á mí, los sacerdotes no me parecen hombres.

¡Lo son! Pero allá se las avengan los fisiólogos, higienistas, patólogos y otros. ¿Que la carne se rebela? Pues se la somete, y en paz. ¿Que no puede ser? ¿Que la ciencia dice tal ó cual cosa? La ciencia, ¿eh? ¡Pues si una de las cosas prohibidas á los clérigos es el estudio de la medicina y cirugía por el *peligro de irregularidad y por ser poco decoroso á su estado,* hasta el punto de que, si alguno que es médico ó cirujano ingresa en el estado eclesiástico ó regular, no puede ejercer la profesión sin dispensa pontificia!

Entonaba Román este canto de victoria sobre su carne con las mismas palabras con que el Salmista cantaba al *Músico principal*:

97. «¡Cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación.»

98. «Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos: porque me son eternos.»

104. «De tus mandamientos he adquirido inteligencia: por tanto, he aborrecido todo camino de mentira.»

Pasaban los días de esta suerte. Siendo de nuevo el hombre cura y la mujer niña, ante los fingimientos del fanatismo, que no por distintos caminos, sino por los de pura fantasia, podía volver la paz y el reposo á la virginidad del célibe, puesta en contacto de vida bajo el mismo techo que cobijaba ya la de la doncella.

Lo peligroso era la soledad en que vivían, lo estrecho y reducido de la morada, la delgadez de los tabiques de separación, y, sobre todo, una malicia más dañina que la del experto, puesto que no sabe adónde va, por ser la malicia de la inocencia; no sabe dónde va, puede llegar a todo, y luego, para justificarse, le dice á Dios al ser interrogada: «La serpiente me engañó, y comí.»

Lo peligroso era la lucha que Román creía terminada entre la carne y el espíritu ¡aquel combate en que estaban los teólogos de una parte y de otra parte los fisiólogos! Los cánones prohibiendo al sacerdote el estudio del cuerpo humano, del enemigo que le atacaba, contra el que tenía que luchar, y el enemigo aprovechándose de esta ignorancia para hacer su mina y penetrar en la plaza. Él, Román, nada sabía de estas estrategias; si él fuese sitiador, hubiera empleado, como recurso mejor del arte de la guerra, el procedimiento de Josué ante los muros de Jericó. Dar siete vueltas alrededor de ellos, llevando el arca santa, y delante del arca siete sacerdotes tocando siete bocinas de cuernos de carneros. Á la séptima vuelta, el muro cayó á plomo, y los israelitas entraron y destruyeron todo lo que en la ciudad había: «Hombres y mujeres, mozos y viejos, hasta los bueyes y ovejas y asnos, á filo de espada.» Todo, sin más excepción que la vida de Rahab, la mujer ramera, y cuanto ella tenía; la cual ramera «habitó entre los israelitas hasta hoy».

Pero el sitiador de Román tenía otros procedi-

mientos. La naturaleza, señora de la carne, iba avanzando sin que el sacerdote se diera cuenta de ello. Fué un trabajo lento al principio, en que las altezas del organismo tuvieron la primacía para la colaboración.

Gracia era la figura inquieta de su juventud sana. El movimiento y el canto; ella en las habitaciones, la reproducción ampliada del jilguero suyo en la jaula. Hasta tenía algo del olor de las aves, como tenía mucho de sus hábitos de vida. Comía poco, pero á menudo, sin orden alguno, y siempre chucherías; dijérase que picoteaba. El baño por la mañana, baño que no era entrar en el agua, sino echársela con la esponja, llenarse de gotas frescas el cuerpo (íbamos á decir el *plumaje*). Luégo alisarse el cabello, después regar las macetas, cortar ramitas verdes, y, por último, cantar. El canto de la aragonesa. La jota, que parece en la voz de mujer una música de trinos y gorjeos metidos en el pentagrama. No se estaba quieta un minuto. Iba del gabinete al comedor, de éste á la cocina. Había un constante ruido de faldas en los corredores. Dijérase que su andar era á menudos saltos. Daba ganas de mirar al suelo, para ver si como la de los pájaros era su huella; por donde pisaba deberían quedar estrellitas.

Román se complacía en aquel ruido constante, en aquel olor nuevo, en aquella voz que sonaba á perlas desatadas cayendo sobre el cristal de las copas, y en la contemplación de la figura: gozaban sus oídos, su olfato y sus ojos.

—Mi hermana es el ángel más alegre que ha venido á la tierra —pensaba.

Tanto, que en ocasiones, el ángel interrumpía los rezos, entraba aturdidamente en la sala:

—Vengo á hacerte compañía; hace una hora que estás metido aquí con tu breviario. Charlaremos un poquito; me aburro.

Y, á pesar de sus protestas, le cerraba el librote, á lo que él se resistía. Una lucha infantil, esfuerzos pequeños de los músculos, que con las risas perdían el vigor necesario.

Le encantaba aquello; no sentía sobresalto. Únicamente se mostró severo en exigir á Gracia que jamás, ¡JAMÁS!, saliese de su habitación ni se presentara ante él desaliñada de traje, ó con el cabello suelto y destrenzado, como en la ocasión de marras. Tenía poderosísimas razones. Aun vestida y cubierta, el dibujo de las formas hacíale fruncir el ceño cuando el traje era muy ajustado y ceñido.

—Pero, hijo, si es lo que se lleva. ¿Qué le voy á hacer? ¡Como no me ponga un saco!

Así transcurrieron, sin otras peripecias, los primeros sencillísimos episodios. Algunas tardes, el cura y su hermana solían dar un paseo. Por lo general, escogían los sitios más solitarios. Criados los dos en el campo, hijos de la naturaleza, buscábanla en Madrid, teniendo á veces que andar mucho para encontrarla. La Moncloa fue por último su paseo favorito.

Todo parecía normal; pero el enemigo estaba ya en el cerebro, y alteraba esa condición esencial de la vida, esa ley de existencia para todos los seres. La periodicidad de la acción y la inacción.

Los primeros fenómenos se manifestaron de noche.

Román y Gracia comían a la española y cenaban á las nueve. El sacerdote, después de la cena, leía algunos hermosos capítulos de la *Vida de Santa Teresa*, que era el libro que más le complacía porque encontraba paridad de gustos entre los de la santa y los suyos, por aquel acendrado y ferviente amor á Jesucristo. Leía en voz alta, y Gracia le escuchaba distraída, acariciando á su gata de Angora, que, quitados los manteles, tenía la costumbre de subirse de un salto sobre la mesa, y allí, bajo la luz del quinqué, que le obligaba á entornar los ojos, unas veces fijaba sus redondas y doradas pupilas en la cara del lector, y parecía prestar tanta atención como su ama; otras, al volverse una hoja, una de sus blancas patitas se alargaba juguetona para coger el papel que se movía; y de no, dormíase á medias, estremecida su piel nerviosamente bajo los pases de la mano acariciadora, acompañando los místicos pasajes con el ron-ron de su contento.

Por lo general, á las once, levantándose Román, cerraba el libro y se retiraba del comedor para acostarse; á esta hora le acometía siempre el sueño como una imperiosa necesidad. Su sueño era, como cuanto regía aquel organismo, perfecto, profundo. Caía en la cama para *dormir como un lirón*, según comentaba él mismo. Su sensibilidad hacíase obtusa; los sentidos y las facultades intelectuales parecían como velados; al par que la conciencia del yo se borraba, los músculos sometidos á la voluntad caían en la laxitud; por último, se suspendía el eretismo normal de los órganos de la vida animal, cesaba más ó menos completamente su antagonismo, y la vida orgánica continuaba sola

su curso, de una manera más compleja, más lenta y más tranquila. Dormía siete horas. Despertaba el cuerpo echado en la misma postura que se acostó. No se había movido. A las seis de la mañana en toda estación se levantaba, lavábase, se vestía, y á las siete ya estaba en la iglesia. Salía del reposo con brillantez en la mirada, color en las mejillas, sonrisa en los labios, despejada la inteligencia, ágiles y sueltos los movimientos, y entraba en la actividad humana como el gladiador en la arena del circo.

El colector de la parroquia y los demás sacerdotes adscritos que iban llegando á la sacristía, al verle entrar arrastrando los manteos gallardamente, con la gallardía natural de la robustez del cuerpo bien proporcionado en todos sus miembros, siempre le admiraban.

—¡Qué hombre! —exclamaban algunos de esos curas pálidos, flacuchos y desmadejados. —Es una salud que parece un insulto.

Y el colector, sonriendo, replicaba:

—Paciencia; acaba de ordenarse. Está sano, porque es novato. Ya vendrán para él, como para todos, los gajes del oficio.

Tenía razón. Vinieron. ¿Cómo sucedió aquello? Lo ignoraba. La carne se apoderó de su ser por sorpresa, cayó sobre él de improviso, aprovechándose de que todos los defensores de la plaza estaban descuidados y ninguno en las murallas.

Ya lo hemos dicho. Fué un ataque y un asalto en medio de la noche. Durante el sueño. ¡Ah! ¡Traidores y cobardes!

Seamos cronistas de la batalla.

El reloj del comedor acababa de dar el último martillazo en el timbre. ¡Las once! Román quiso llegar al punto del párrafo, y cerró el libro.

Levantó los ojos para mirar á su hermana. Habíase dormido en su silla. Siempre le sucedía lo mismo. La contempló en silencio. Bajo la luz de la lámpara; dormía con los labios entreabiertos por una sonrisa, dejando ver entre lo encendido de la grana como una claridad violenta, casi como relampagueando, el marfil de la dentadura formada en línea de batalla para las luchas de amor. Era su respiración tranquila como la de un niño. Aprisionadas en la tela, las curvas de los pechos se levantaban y deprimían en un movimiento que pudiéramos llamar la *gran marea de la carne*. Las pestañas en el borde de los párpados cerrados eran dos arcos de sombra, y la sombra se difundía en las morenas mejillas.

Diéronle ganas de despertarla, diciendo:

«Levántate, oh compañera mía, hermosa mía, y vente»

«Porque hé aquí ha pasado el invierno, hase mudado la lluvia, se fué.

»Hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola

»La higuera ha echado sus higos y las vides en cierne dieron olor: levántate, oh compañera mía, hermosa mía, y vente»

Tuvo que contenerse, es decir, tuvo que cerrar los

ojos ofuscados ante la hermosura, como por exceso de luz, y volviendo á la vida real:

—¡Gracia! ¡Gracia! ¡Muchacha! —gritó—. Anda, hija, que es tarde.

Gracia despertó.

—¿Son ya las once?

—Ya. Buenas noches.

—Buenas noches, hermano.

Se acercó, puso la frente, y el hermano dió el beso fraternal.

Román entró en su cuarto. La muchacha agarró á la gata blanca, se la llevó en su regazo y también se recogió.

El sacerdote, arrodillado ante su oratorio, decía las preces de la noche. Desde allí oyó el crujido de la cama en la habitación contigua, al que había precedido el sordo andar de unos piececitos descalzos. Gracia se acostaba.

El sacerdote, terminada su oración, hizo lo mismo.

¡Cosa rara! Lejos de caer inmediatamente en aquel sueño profundo que le dominaba todas las noches, sintió como una necesidad imperiosa, una causa anormal y violenta que sostenía la excitación cerebral. El sueño no acudía puntualmente á la cita. Dió dos ó tres vueltas en la cama; atribuyólo á alguna incómoda postura. El reloj volvió á sonar. ¡Las once y media! No había para justificar aquel insomnio, ni voluntad de sostenerlo, ni preocupaciones poderosas de nin-

gún género. No. En realidad quería dormir, y en cuanto á pensar no pensaba en nada. Sólo su imaginación recordaba lo ocurrido media hora antes. El comedor, las once campanadas, la gata hecha una rosca de cardada lana sobre la mesa, y la garrida aragonesa durmiendo con el rostro inundado de claridad. ¡El término de la lectura! ¡Bah! Lo de todas las noches.

Poco a poco quedóse más quieto entre las sábanas; su cerebro veló sólo á medias, y empezó á crear y coordinar ideas poco razonables. Restos de la memoria reunidos en desorden. La escena del comedor otra vez, pero ridículamente tergiversada, hasta el punto de que su razón debiera haberse burlado de aquellas locuras imaginativas. Veíalo todo el sacerdote durante su sueño como reflejado en un espejo. Allí mirábase él mismo, dentro del comedor, cerrando las páginas del libro de la Santa, levantándose y encontrando su vista la gata blanca sobre la mesa y Gracia en la silla, ambas dormidas. Poco a poco los dos seres se fueron transformando de maravilloso modo, adquiriendo cada uno algo del organismo del otro. La gata variaba de color, y tomaba uno especialísimo, sonrosado pálido, muy parecido al de la carne. Su hermana, en cambio, era blanca con algo de indecisión en los contornos, esa indecisión de líneas que obedece a una normal y al par se revela y aleja de ella, y que acusa la espuma, la nieve sin hollar, la lana cardada; dijérase que la angora era una gata humana y Gracia una mujer bestializada. Román, asustado de aquellos pro digios, corría a refugiarse en su cuarto para no verlos. ¡Empeño inútil! Sobre uno de los brazos desnudos del Crucificado, sin saber por dónde entró, ni cómo pudo

subir hasta allí, vió de nuevo al monstruoso animalejo, cuyo ron-ron era formidable, parecido al acompañamiento de una canción báquica. Irguiendo nerviosamente su poblada cola, con esos movimientos propios de la raza felina, restregaba su cuerpo, ¡oh profanación!, contra el rostro lívido del divino Moribundo; y al hacer esto fijaba en Román la mirada de sus pupilas relucientes.

De improviso, midiendo la distancia, desde la Cruz saltó á la cama, donde el sacerdote hubo de hacerla un lado, porque en el aire habíase verificado un nuevo prodigio, una transformación más infernal que la primera. Ya no era el cambio de color, sino el cambio de forma. Era «una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia. que tenía siete cabezas y diez cuernos. Estaba vestida de púrpura y de escarlata, y adornada de oro y de piedras preciosas y de perlas, teniendo un cáliz de oro en su mano, lleno de abominaciones y de la suciedad de su fornicación. Y en su frente un nombre escrito: MISTERIO. LA MADRE DE LAS FORNICACIONES Y DE LAS ABOMINACIONES DE LA TIERRA.»

—¡La gran ramera del Apocalipsis! —gritó Román aterrado.

Y la mujer le contestó:

—¡Yo soy! Yo me he embriagado de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús. La bestia que ves, fué y no es: y ha de subir del abismo y ha de ir a perdición: y los moradores de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se maravillarán. Y aquí hay mente que tiene sabiduría, como dijo de mí

el ángel al Teólogo. Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales, yo, la gran ramera, me asiento.

—¡Tú eres la mística Babilonia! —repitió Román.

—La mística Babilonia, imbécil, es Roma, la Ciudad Santa, también de los siete montes, por eso llamada la ciudad de las siete colinas. ¿No me has oído? ¿Quién, sino Roma, es *la mujer embriagada de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús?* ¿A quién, sino á Roma, corresponde aquel otro versículo en que se dice que yo, la gran ramera, *soy la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la tierra*?

—¡Mentira! ¡Mentira! —decía el soldado de Cristo exasperado.

La mujer sonrió. Luego extendió sus brazos, sus hermosos brazos desnudos, largos como los de las esculturas de Cánova.

—¡Abre los ojos! —dijo con voz dulcísima envolviéndole en una mirada enloquecedora—. Abre los ojos, ¡sacerdote!

¡Oh! ¡Lo que sucedió entonces! ¿Cómo describirlo? Román recordó, como muy lejano término de comparación, una vez que estuvo en el teatro siendo seminarista en Valladolid, y vió los llamados *Cuadros disolventes*. Era algo parecido á esto, pero más grandioso y terrible. Una mancha negra que cubría el mundo y las edades.

—Ese es mi telón —volvió á decir la visión apocalíptica. —¡El traje talar!

De improviso, un foco luminoso se abrió paso entre las negruras del paño, haciéndolo como transparente. Román estaba horrorizado. Aquel foco era un circulo perfecto; era la hostia, la purísima hostia consagrada, la que iba á servir de fondo blanco, en el que al punto empezaron á formarse sombras y á presentarse colores. Se dibujaron árboles, un huerto, aguas corrientes, hierba verde, y, sobre todo ello, un firmamento tachonado de soles. En medio de aquel huerto se levantaba el árbol de vida.

La voz gritó: «EL EDÉN.» Y bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal estaba sentada la mujer primera. «*¡Eva!* ¡Sí! ¡Eva! Hermosa como Ceres, desnuda como Veuus. En cuanto á su rostro... Román dió un grito. ¡Era el rostro de Gracia! ¡De su hermana! Su cara; sus labios entreabiertos por una sonrisa, dejando ver la blanquísima dentadura, tal como acababa de despertar en el comedor; su cabellera abundantísima, que cubría las morenas espaldas, llegando hasta los pies. Su hermana, mirándole como nunca le había mirado. Luégo la visión se levantó, alzó su brazo, alcanzó una rama, cogieron sus dedos la bíblica manzana, y, volviéndose á la primitiva postura, mordióla; hecho lo cual, el brazo de la mujer dió impulso, la manzana salió del Edén, salió del foco luminoso, arrojada con fuerza, y cayó... ¡cayó sobre la cama de Román!, desvaneciéndose la visión tras esto. El sacerdote vió después á Sara, la mujer de Abraham; á Agar, la hermosa esclava egipcia, y á todas las concebidas del patriarca; á Rebeca junto al pozo de agua de Nachor, llenando su cántaro y dando de beber al siervo; á Raquel y á Lia; á Jael y á Dalila; á la mujer del Levita, de la que abusaron los de la tribu de Benjamín ¡a Ruth, la espigadera de la heredad de Booz; á la apasionada Michal, que se enamoró de David; á Dalila, y á la reina de Saba llegando á Jerusalén con un muy grande

séquito, con camellos cargados de aromas, oro y piedras preciosas: «*Nunca hubo tales aromas como los que dió la reina de Saba al rey Salomón.*» Vió una tras otra á todas las mujeres de la Biblia, y á todas ellas, desnudas, cubiertas de pieles ó con trajes de púrpura, rubias ó morenas, altas ó bajas, ¡á todas ellas con el rostro de Gracia! Por último, el foco luminoso se extinguió después de copiar la figura de la Magdalena derramando ungüentos sobre la cabeza de Jesucristo. Quedó sólo la inmensa tela negra, dejando en su oscuridad el mundo. Sólo esto y la gran ramera, cuyo cuerpo parecía resplandecer como dotado de luz propia.

La gran ramera, que continuaba mirando á Román de un modo intenso, fijo, lascivo, y que, inclinándose sobre él dulcemente, lo estrechó en sus brazos, lo besó en la boca, y, por último, tendió su cuerpo de mujer junto al del sacerdote.

Luégo, de pronto, un gran estupor, una sensación extraña; después, la luz de la mañana penetrando por entre los resquicios del balcón; la voz de Gracia, que cantaba allá en la cocina las alegres notas de su canción aragonesa, ¡el nuevo día!

El nuevo día, lleno de sol, de perfumes y de rumores. Las hojas verdes de las macetas humedecidas por el rocío, el jilguero revoloteando em la jaula.

Román despertó.

En el primer momento no se acordaba de su pesadilla. Miró á las bayetas negras, sobre las cuales destacaba la imagen de Jesús enclavado en el madero. Se incorporó para arrodillarse en la cama misma, para, antes de poner los pies en tierra, hacer, como de costumbre, la señal de la cruz.

Palideció intensa y repentinamente. Acababa de recordar; con el movimiento de los músculos pareció como removerse lo amodorrado de su memoria. Además, el lecho del célibe no era el inmaculado que corresponde a la virginidad.

¡La gran ramera! ¡Dios mío! ¡Él! ¡Un sacerdote!

IV.

Se consideró reo de pecado mortal. Tenía en favor suyo (no como para excusarse, ¡no!, porque él no trataba de buscar disculpas a su delito, sino que, antes por el contrario, lo consideraba horrendo y nauseabundo), pero en su favor estaba el haber sido vencido durante el sueño.

No había en su espíritu desesperación ni reproches. No consideraba aquello sino como un castigo, tal vez por haber alimentado su virtud con soberbia. Como Job en el muladar clamaba al Ser Supremo, y como él podía decir:

«Ahora mi alma está derramada en mí, días de aflicción me han aprehendido.

»Quién me tornase como en los meses pasados, como en los días que Dios me guardaba!

»Cuando los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían me daban testimonio.»

Triste estaba su alma, hasta morir. La carne suya era flaca, y se mostraba propicia al pecado. Cerrábanse las puertas de la salvación en la otra vida. ¡Un sacerdote! Había incurrido en lascivias de imaginación. ¡Su sueño! Tenía que contarlo punto por punto en acusación sacramental ante el tribunal de la penitencia.

Se vistió apresuradamente; deseaba llegar cuanto antes á la iglesia.

Ya estaba puesto el manteo, corrido el sombrero, ya iba á salir; se dirigía á la puerta de del cuarto, cuando ésta se abrió, presentándose Gracia en el umbral. Gracia, cuyo canto, allí en la cocina, había cesado de pronto con un grito agudo. La virgen aragonesa estaba demudada y llorando.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? —preguntó el sacerdote con tono y gesto tan avinagrado, que la niña le miró sorprendida á través de sus lágrimas.

Pero preocupándola más el pesar experimentado, exclamó entre sollozos:

—¡Román! ¡Román! ¡Se me ha escapado la gata!

—¿La gata?¿Qué se ha escapado? Pero ¿cuándo?

Y el sacerdote se inmutó: la noticia le puso densamente pálido.

—Sí, se ha marchado ahora mismo por el terradillo de la ventana del patio. Desde la cocina saltó. Está en el tejado.

—¿En el tejado? Pero ¡qué ocurrencia!...

—Sí. Yo te contaré. Veras, verás tú qué mala es. Por supuesto, que no tiene ella sola la culpa, sino el otro. El otro, que la llama.

—¿Quién es el otro?

—Pues, ¡quién ha de ser!, el de la vecina, un gato. Un gato negro. ¡Si llevamos con esto unos días! Figúrate que el demonio del gato ése se escapa también, y se va al tejado, como te he dicho. Y cuando está allí se pone a maullar; pero ¡qué maullidos! Dice la vecina que tiene dolor de muelas. Y la *Morroña* también lo tenía hoy; y como ha visto lo que hace el otro, va y lo

imita. Allá arriba están los dos. Se van á caer á la calle; porque, ¡si los hubieras visto!, en cuanto se reunieron empezaron á jugar como si toda la vida hubiesen estado juntos; y á lo mejor se muerden. Ven, ven, ven corriendo. Llámala tú, á ver si á ti te hace más caso.

Le cogió de un brazo, tiró de él, y, que quieras ó no, a la fuerza llevólo al sitio de la catástrofe. Hízole asomar á la ventana.

—¡Mírala! *¡Morroña! ¡Morroña!* ¡Piss!... ¡Piss!... ¡Piss!...

¡Sí! ¡Allí estaba! Irguiendo la cola, paseando majestuosamente al sol, parándose á veces para lamer sus lanas y limpiarlas de no sabemos qué manchas reales u imaginarias, mirando á sus amos con actitudes de burla, estremeciéndose nerviosamente a cada siseo y decidiéndose por ir al encuentro del otro animalejo, que la esperaba en el caballete del tejado sin perderla de vista. ¡Allí estaba la gran ramera del Apocalipsis!

—Déjala —exclamó el sacerdote—; déjala y no llores.

—¡Pero y si no vuelve!

—Ya volverá. En cuanto tenga ganas de comer. En cuanto traigas la cordilla. Y si no volviera, maldito lo que se perdía —añadió Román obedeciendo al rencor que originaban sus nacientes supersticiones con respecto á la *Morroña*.

—¡Ah! ¡No digas eso! Si no vuelve, soy yo capaz de ir por ella. ¡Pues no faltaba más! Es mía, es mi gata, y yo la quiero.

Aquella escena produjo en el cura una irritación nerviosa, que cambió por completo su anterior estado de abatimiento. Salió de su casa y se encaminó á la iglesia. Quería confesar, recobrar el perdido estado de gracia, antes de celebrar el santo sacrificio. Pero su confesión tenía que ser perfecta ¡tenía que reunir las nueve condiciones que necesita todo penitente para la validez de la suya: *Simple, Humilis, Pura, Fidelis, Nuda, Discreta, Libens, Integra y Verecunda*. Y ahora no sentía ni contrición ni atrición con aquella sublevación y sorda cólera que le dominaba. No sentía el intenso dolor del pecado cometido, dolor concebido por el amor de Dios sobre todas las cosas y perfecto en caridad, con propósito de no pecar en lo sucesivo y con voto de recibir el sacramento de la penitencia. No detestaba el pecado con el odio que produce por su torpeza ó fealdad, ó por el temor de las penas del infierno, cosas ambas que excluyen la voluntad de pecar, con esperanza de obtener el perdón. No había en él ninguno de los sentimientos y pesadumbres que preparan para la gracia. No podían agarrarse sus manos á la *segunda tabla después del naufragio*; ni confesar, ni, por ende, decir misa. Pasar el día ¡un día entero en pecado mortal! Colérico estaba contra su cuerpo y contra sus sentidos. Casi quería reprochar á Dios que le hubiera abandonado. ¡Oh! y tan por completo, que ahora, despierto ya, puede decirse que en su entendimiento estaban preparándose cultivos de la dañina hierba filosófica. Empezaba á no ser claro con respec-

to á la idea bien y del mal. El había pecado. Pero ¿había sido él verdaderamente, su cuerpo sin intervención del alma? Y si esto era así ¿de qué tenía que acusarse? Apuntaba allí algo de la doctrina de Hobbes. El bien, es decir, la sensación agradable. El mal, la desagradable. Huir de esta última y procurarse la primera. Esto era la moral. El hombre está revestido del derecho de sacrificárselo todo a sí mismo. ¿Cuál es la naturaleza y las fuerzas de nuestro espíritu?

—¡Ah! Estoy loco, tengo pensamientos de condenado.

En tal situación llegó a la sacristía. El colector le saludó con su sonrisa de siempre.

—¡Mi señor don Román! ¡Santos y buenos días! Y la gata, ¿ha vuelto á sus lares? ¡Demonio de bichos!

Una bomba estallando á sus pies no le hubiera producido más efecto de terror que aquellas sencillísimas palabras. ¡Cómo! ¡Hasta en la iglesia se conocía ya el episodio! ¿Acaso el padre Fermín era adivino? ¡Quién sabe! Pero entonces tampoco ignorarían lo de la gran ramera del Apocalipsis.

Quedóse mirando al colector estúpidamente, con ese asombro consistente en abrir la boca, enarcar las cejas, arrugar la frente y dar un paso atrás, una expresión tan cómica, que el padre Fermín soltó la carcajada.

—¿Qué le pasa, hombre, qué le pasa? ¿Qué tiene de particular lo que le he dicho?

—De particular... no ... verdaderamente. Pero sí es extraño que Ud...

Y sin poderse contener:

—¿Cómo sabe Ud. lo que acaba de suceder en mi casa?

—¡Bien dicen los otros! Sólo un soñador sempiterno es capaz de hacerme esa pregunta.

—Es que...

—Pero, ¡alma bendita!, ¿hasta ahora no se entera Ud. de que somos vecinos? ¿Es posible eso, llevando, como lleva, ya dos meses en la casa? ¡Si será Ud. hurón!

Verdaderamente, Román lo ignoraba. Entregado siempre á sus devociones, pasando la vida en aquel culto de todas horas á la imagen del oratorio, no preguntando nunca á su hermana, no sintiendo curiosidad por las cosas del mundo, ignoraba quiénes eran los inquilinos de los restantes pisos.

—Pues sí, señor. El gato negro es mío. Se llama *Sultán* —añadió el colector acentuando su sonrisa. —Conque vamos á ver, D. Román: ¿en qué altar va Ud. á decir la misa? Llega Ud. el primero. Puede ocupar el de la Purísima.

Entonces una idea se abrió paso en el torbellino de las que atormentaban su cerebro. Aquel sacerdote, que vivía en su misma casa, podía, ¡sí! podía confiarse á él.

—Padre Fermín, hoy quisiera dispensarme de la misa.

El colector le miró

—Y quisiera otra cosa. Desearía hablar con Ud.

—¿Ahora?

—No. Ahora tiene Ud. sus ocupaciones, que son sagradas. Y aquí no es conveniente. Se trata, además, de una cuestión muy grave.

El padre Fermín se quitó los anteojos, frunció el ceño, no malhumorado, sino con expresión picaresca.

—Bueno. A las doce y media acaba mi tarea hoy. A esa hora como. Pasaré a verle á Ud.

—Le espero.

—Y ya que no puede Ud. celebrar hoy, hará bien en marcharse, para que nadie se entere.

Y despidiéndole con un gesto amigable:

—Hasta las doce y media ó la una. Juntaremos los pucheros. Comeremos los cuatro reunidos. Así será mejor.

—¿Los cuatro?

—Es claro. Usted, su hermana, Anita y yo. Anita es mi sobrina. ¡Ea! Hasta luego, hasta luego. Espéreme Ud.

Y con verdadera prisa le acompañó hacia la puerta, empujándole suavemente, expulsándole con mejores modos que los empleados por Dios cuando arrojó a Adán del Paraíso.

Román volvió á su casa más contento, sin saber por qué. Á la verdad, no tenía motivos para ello, sino que más bien debería ser gravedad en su conciencia aquel regreso del templo, no saliendo de él lleno de pureza, con las alegrías eucarísticas en el espíritu, sino tal como entró, impuro, manchado aún por la suciedad de la noche pasada. Pero tenía una esperanza. ¡La conferencia!* Todos sus anhelos cifrábanse en ella. El padre Fermín le aconsejaría. El padre Fermín, veterano ya en la milicia de Cristo, sabría dar remedios al bisoño y defensas contra la carne rebelde. Eso. Eso es lo que necesitaba. ¡Un escudo! ¡Una trinchera! Él quería volver á ser el varón fuerte de que habla la Escritura.

—¡La *Morroña* ha vuelto!...

Esta fue la primera noticia que le dió su hermana.

—Vamos, mujer, ya estarás contenta —replicó el sacerdote con tono paternalmente cariñoso.

En seguida él, á su vez, participó que tenían convidados. Es decir, convidados, no. No era esa la palabra, puesto que ellos se traían su comida.

—Y á propósito, ¿cómo no me has dicho que nuestro vecino era también un presbítero?

—¡Un presbítero? —repitió *la niña* con sincera sorpresa. —Pues no lo sabía. Es decir, que no me lo figuraba. No le he visto si llevaba ó no corona. Además, siempre le he encontrado de paisano.

—¿De paisano?

—Sí. Y por cierto que él podrá ser todo lo cura que tú quieras, pero no se parece en nada a ti. Siempre está alegre; cantan y tocan ahí al lado.

—Serán rezos.

—¡Sí, sí; rezos! Buenos rezos te dé Dios. Unas canciones muy bonitas. El cura toca y ella es la que canta. Calla, hombre, que ahora caigo en ello. Como lleva la cara afeitada y no gasta bigote, me habia creído yo que sería un torero.

(*) *Sic* en el texto, por confesión.

—¿Por que?

—Por eso, y porque lo que ella canta son malagueñas, y lo que él toca, la guitarra.

Hizo un gesto de desagrado.

—Déjate de chismes de vecindad. Ese señor es colector de mi parroquia, de nuestra parroquia . Es el padre Fermín. Prepáralo todo para cuando vengan.

—¿Y ella? ¿Quién es ella?

—Es su sobrina ¿Quién ha de ser?

—Pues, mira, es muy guapa.

Román dejó á su hermana y entró en el oratorio. Tuvo de pronto una de esas supersticiones tan comunes á los sacerdotes. Encima de la mesa, en el lugar más visible, estaba la Biblia. Allí creyó que encontraría palabras de consuelo, pero que las encontraría al azar. Abriendo el libro por la página que la Providencia misma había de designar.

Hízolo así, y leyó:

«Y aconteció, después de esto, que, teniendo Absalón, hijo de David, una hermana hermosa, que se llamaba Thamar, enamoróse de ella Amnón, hijo de David.

»Y estaba Amnón angustiado, hasta enfermar, por Thamar, su hermana; porque por ser ella virgen, parecía á Amnón que sería cosa dificultosa hacerle algo.

»Y Amnón tenía un amigo que se llamaba Jonadab, hijo de Simea, hermano de David; y era Jonadab hombre muy astuto.

»Y éste le dijo: Hijo del rey, ¿por qué de día en día vas así enflaqueciendo? ¿No me lo descubrirás á mí? Y Amnón le respondió: Yo amo á Thamar, la hermana de Absalón, mi hermano.

»Y Jonadab le dijo: Acuéstate en tu cama y finge que estas enfermo; y cuando tu padre viniere a visitarte, dile: Ruégote que venga mi hermana Thamar para que me conforte con alguna comida y aderece delante de mí alguna vianda, para que viendo yo, coma de su mano.

»Acostóse, pues, Amnón y fingió que estaba enfermo, y vino el rey á visitarlo. Y dijo Amnón al rey: Yo te ruego que venga mi hermalla Thamar y haga delante de mí dos hojuelas que coma yo de su mano.

»Y David envió á Thamar á su casa, diciendo: Vé ahora á casa de Amnón, tu hermano, y hazle de comer.

»Y fué Thamar á casa de su hermano Amnón, el cual estaba acostado; y tomó harina y amasó e hizo hojuelas delante de él, y aderezólas.

»Tomó luego la sartén y sacólas delante de él; mas el no quiso comer. Y dijo Amnón: Echad fuera de aquí a todos. Y todos salieron de allí.

»Entonces Amnón dijo á Thamar: Trae la comida á la alcoba, para que yo coma de tu mano. Y tomando Thamar las hojuelas que había aderezado, llevólas á su hermano Amnón á la alcoba.

»Y como ella se las puso delante para que comiese, él trabó de ella, diciéndole: Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.

»Ella entonces le respondió: No, hermano mío, no me hagas fuerza. Porque no se ha de hacer así en Israel. No hagas tal desacierto.

»Porque ¿dónde iría yo con mi deshonra? Y aun tú serías como uno de los perversos de Israel. Ruégote, pues, ahora, que hables al rey, que no me negará a ti.